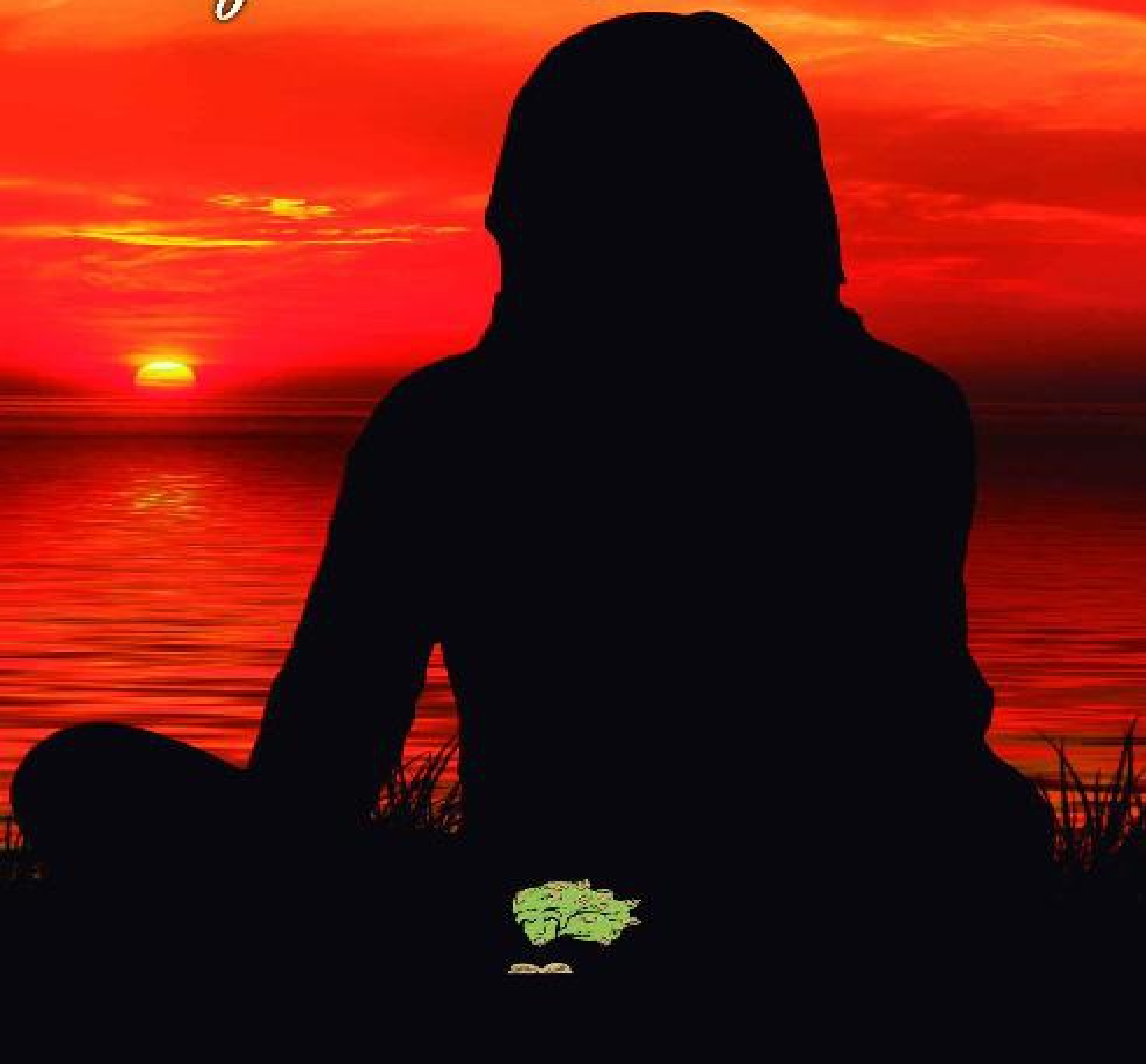


Berenice Islas de la Paz Pérez

Si Tenemos suerte,  
alguien nos amará



SI TENEMOS SUERTE,  
ALGUIEN NOS AMARÁ

Berenice Islas de la Paz Pérez

SI TENEMOS SUERTE,  
ALGUIEN NOS AMARÁ



Primera edición: marzo de 2019

©Grupo Editorial Max Estrella

©Editorial Calíope

©Berenice Islas de la Paz Pérez

©Si tenemos suerte, alguien nos amará

ISBN: 978-84-17233-90-7

Grupo Editorial Max Estrella

Calle Doctor Fleming, 35

28036 Madrid

Editorial Calíope

[editorial@editorialcaliope.com](mailto:editorial@editorialcaliope.com)

[www.editorialcaliope.com](http://www.editorialcaliope.com)

## EL ETERNO PRESENTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

## MEDITERRÁNEO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12



# El Eterno Presente

## 1

Todas las vacaciones de verano mis padres me dejaban en casa de la abuela, tomábamos un avión y viajábamos por horas interminables y aburridas, después una noche entera en tren para poder llegar hasta aquí. Me traían para pasar las vacaciones, pero siempre regresaban por mí hasta bien entrado el otoño, solía incorporarme bastante tarde a las clases en México. Mi abuela les decía que mejor me dejaran con ella, que las escuelas en su pueblo eran muy lindas, que ella me podía ayudar con la gramática francesa. Pero siempre regresaban por mí.

Ese día pasamos la tarde juntas, bordando, ella estaba haciendo unas flores con unos pájaros, yo unas carpetitas con lo que se supone, debían ser unas rosas. Música de colores es lo que sucedía entre nosotras, no tengo otra manera de describirlo, quizás la palabra correcta sea felicidad.

Mi abuela toma té de limón y yo leche tibia. Entre puntada y puntada le doy una probadita al frasco de mermelada de frutos rojos que preparamos en la mañana, con una cuchara de plata que era de mi bisabuela. Dicen que la bisabuela nació en una ciudad rusa y fue a los dieciséis que decidió escapar, y hacer su vida en La Costa Azul. No sé cómo le habrá hecho, en esa época que no se estilaba que las mujeres viajaran solas y menos estando aún solteras, supongo que sin decirle a nadie huyó de casa, para encontrar la libertad de la costa cálida. En cada bocado de mermelada que engullo, me gusta pensar en ella, imaginarme cómo hablaba con su acento ruso, sus vestidos largos, su cabellera rubia.

—Yoli, ya te equivocaste otra vez, ¿en qué estás pensando?, tienes que volver a deshacer.

—Si, abuela, lo siento.

—¿Ya estás cansada?

—No. Quiero seguir otro rato. ¿Después vamos al bosque a ver a las luciérnagas?

—Me parece bien.

Deshago otra vez el bordado, la tela está llena de agujeros, hasta perdí la cuenta de cuantas veces lo he vuelto a hacer. No dejo de pensar en mi bisabuela Elena, y sólo queda de ella una cuchara y su foto en la repisa de la chimenea. Quizás en algún lugar dejó un baúl lleno de cartas de amores secretos, no sé. El ocaso con su intrépida velocidad inunda la casa.

En el bosque todo está en calma, se escucha a lo lejos el ruido del motor de un auto y algunos coyotes, los cuervos graznan como nunca antes, parvadas y parvadas de pájaros sobrevuelan el lugar. Las luciérnagas brillan por su ausencia, lo que está más que presente es la luna, inmensa, luminosa, repleta de misterio. Mi abuela y yo nos quedamos un rato en un claro, escuchando la majestuosa naturaleza y bajo el hipnotismo de la luna.



## 2

Nunca imaginé que esa sería la última vez que vería a mi abuela, en la madrugada mi padre irrumpió en la casa, discutió con ella, salimos en medio de gritos y azotones de puerta. Mi abuela le rogó que nos quedáramos a vivir con ella, que no había a qué regresar a ese país tan lejano y agreste, él no la escuchó, tomó mi mano y mi rompe vientos amarillo, y me lanzó dentro de un taxi que nos llevaría a la estación de tren.

Yo no sé por qué no reaccioné y me aferré a mi abuela, no sé por qué dejé que me separaran de ella de esa manera.

Eras demasiado pequeña, no podías hacer nada.

Mi papá sólo me abrazó fuerte durante todo el camino, nunca lo volví a sentir tan cerca. En la estación de tren nos encontramos con mi madre, ella me distrajo con unos dulces de menta y chocolates.

Cada verano me quedé esperando para volver con mi abuela. Nunca les pregunté a mis padres. No solíamos hablar mucho. Y porque a veces de niño, a uno la vida sólo le pasa; no solía reflexionar, sólo vivía y aceptaba las cosas como eran, cada día, una y otra vez lejos de mi abuela, sin saber por qué, sin saber qué había sucedido, si ella también me extrañaba, si ella también quería verme. Nunca pensaba en eso, las palabras no aparecían en mi mente, sólo en mi corazón se amontonaban los sentimientos, y yo seguía creciendo, sin saber qué hacer con ellos. Años después me enteré por una tía, durante una reunión familiar, que la abuela había muerto tres días después de mi partida, hasta a ella le sorprendió que yo no lo supiera.

Me rompió el corazón. Un abismo se abrió entre mis padres y yo, uno que nos separaría cada vez más de manera vertiginosa, sin saberlo, sin percibirlo exactamente, un hueco frío y seco, que veríamos crecer, sin reparo, sin consuelo. Nunca pude despedirme de mi abuela, nunca le dije lo mucho que la amaba, y lo feliz que me hacía estar con ella. Un hoyo negro nació en mi

interior el último día que la vi, una parte de mí sabía que nunca más volvería a pisar esa casa, otra parte de mí confiaba en la repetición, en que cada verano volvería como lo había hecho los últimos nueve años.

Las noches de canícula siempre fueron mis favoritas, desde niña. La temperatura perfecta, y un no sé qué, algo en la atmósfera, algo que se rebela ante mis sentidos. Y mi mente no podía entender, como un llamado, un grito ahogado en la noche, que nadie escucha, ni yo misma, había una certeza en el aire, flotando, acariciando mis mejillas; me hablaba, algo me decía, pero no sabía lo que era. Recuerdos vívidos, casi palpables que se esfuman en mi memoria.

Una noche me senté en la azotea de la casa de mis padres, septiembre mágico, estaba dispuesta a no pararme hasta saber de qué se trataba todo eso, estas sensaciones, que hacían una revolución en mi inconsciente, y yo percibiendo esa transformación atmosférica que no sólo se presentaba en vigilia, sino también en mis sueños. Visiones que como recuerdos se posaban en los olores. Ciudades nunca antes vistas que de una manera extrasensorial me acogían, casi como una madre. Me senté, cerré los ojos, respiré, sentí, lo vi todo, podía recordar cada detalle; después de varios minutos, estando entre la vigilia y el sueño, como un relámpago vino a mí, supe que tenía que repetir el destino de mi bisabuela, tomar las maletas y buscar. Buscar y buscarme. Buscar hasta encontrar el origen de esa sensación que tanto me llamaba, era como un eco del pasado, una voz de tiempos inmemoriales que se apoderaba de mis días y mis deseos. Buscar hasta encontrar el origen de los sueños que me atormentaban por la noche, una y otra vez el mismo sueño: caminar por calles empedradas, el olor de ese lugar que no terminaba de ser un olor, sino una sensación, memoria inmaterial, la temperatura perfecta, la compañía de gente desconocida que me era tan familiar, tan amena. Buscar y encontrar. Buscar y rellenar el vacío que quedó en mi pecho, el hoyo que me succionaba la felicidad desde aquella terrible noche en la que perdí a mi abuela.

### 3

En septiembre  
el viento hace temblar cada rincón  
helando la piel  
el sol del verano muere

En septiembre  
sólo hay añoranza  
la inocencia que no volverá  
el amor que nunca llegó  
escucho el eco de tus latidos  
el compás de un amor errante

En septiembre  
deseo septiembre para siempre  
verano indio calienta mis venas  
da color a mi piel  
esperanza mi futuro  
una promesa más

En septiembre  
el deseo regresa  
es esta atmósfera  
que lleva mi mente a todas partes  
hice mil veces las maletas

En septiembre  
se abren las apuestas

la esperanza maldita  
arroja mi ancla sobre la tierra  
no me deja partir.

## 4

Era demasiado joven como para entender que ese hueco nunca se iba a llenar, no importaba a dónde fuera, al fin del mundo o a la siguiente cuadra, ese dolor siempre estaría conmigo, desprendiéndome del mundo y de cada posibilidad de hacer mi vida. Iba a ser una búsqueda incesante, una guerra sin cuartel, una carrera sin meta, era demasiado joven para entenderlo, y así con toda mi ignorancia me fui. Busqué lo que nunca encontraría, lo que se había ido con mi abuela: el amor y la certeza. Ser amada, saber que alguien se interesaba en mí, poder construir un vínculo que le diera sentido a mi existencia.

Recuerdo a un tío, hermano de mi madre, siempre me preguntaba «¿A quién quieres más, a tu papá o a tu mamá?»

A ninguno, ni a mi padre ni a mi madre, son un par de perros egoístas que me arrancaron del único amor que tenía, el único que pude haber tenido y el único que he de tener, me han condenado a la soledad y al dolor del olvido, ¡sí, el olvido!, muchos años creí que mi abuela se había olvidado de mí ,así no más ,que yo era nada para ella y por eso no nos volvimos a ver, hasta que supe que se había muerto. Sembraron soledad absoluta en mi corazón, y yo me quedé buscando el amor inalcanzable, el que ya no estaba, el que ya no existía, el que ya se había muerto.

Todo eso es lo que me hubiera gustado contestarle a mi tío, pero no sabía cómo, no tenía las palabras, sólo tenía los sentimientos que se apelmazaban en mi pecho y enrojecían mi rostro; cerraba los puños, me daba media vuelta, y seguía con mi vida.

Para la época de mi adolescencia fue muy fácil para mí tomar mi mochila y largarme, la mayoría de las chicas viajaban de mochilazo y aventón, de hecho,

las que no lo hacían era ñoñas o hijas de papi, y yo no me podía quedar atrás, tenía que ser liberal, rebelde y sofisticada, todo al mismo tiempo, como las chicas con las que me juntaba, las que creía que eran mis amigas. Fue muy sencillo en realidad, más de lo que pensé, mis padres me dejaban ir a todos lados sin objeciones, me soltaban el dinero sin problema y si no, vendía algo de ropa que mi madre me regalaba. Era ropa demasiado cara y la mayoría de las chicas de la prepa no podían comprarla y yo se las dejaba a mitad de precio o a veces menos, no me importaba, sentía una cierta satisfacción al malbaratar la ropa cara que mi madre me regalaba, y con ese dinero me iba. Crucé el país de cabo a rabo.

Un verano nos subimos en el vocho de Rebeca. Ella me encantaba, éramos tan parecidas, en los gustos y placeres, siempre queríamos lo mismo, nada que ver con las taradas de mis primas o mi madre. Rebeca era la hermana que siempre quise tener, necesitaba compañía, me gustaba estar con ella, quizás no éramos tan parecidas, pero me gustaba imaginar que sí lo éramos, me gustaba complacerla, prestarle dinero y acompañarla a todos lados ,éramos inseparables.

Paramos en la carretera hasta que nos quedamos sin gasolina, así lo habíamos previsto, era nuestro plan para iniciar nuestra aventura. Llegamos bastante lejos a unos cuantos kilómetros de Xalapa, en el camino encontramos a unos señores que se ofrecieron a llevarnos a la gasolinera más cercana, nos subimos en la caja de la pick up verde, nos sentamos junto a unos guacales repletos de plátanos, tardamos casi media hora en llegar. Nos bajamos y llenamos dos botes de veinte litros cada uno, pagamos y caminamos de regreso, entre las luces del atardecer, el olor a naturaleza, los mosquitos hambrientos, y el dolor de pies. No sabíamos ni como meterle la gasolina al vocho desde los botes, esperamos a que pasara otro coche, se estacionó otra pick up enfrente de nosotros, del otro lado de la carretera, un chico bien parecido con una cicatriz enorme en la cara, nos ayudó, llenamos el tanque y continuamos.

—Listo señoritas, ya quedó su coche. ¿Y sus maridos, por qué las dejan solas?

—Nos esperan en Xalapa, gracias —dijo Rebeca mientras arrancaba el coche, y le mandaba un beso al tipo.

En el primer hotelucho nos instalamos, estábamos exhaustas y sólo sería una noche. En el bar del hotel conocimos a unos chicos, no estaban de mal ver,

Rebeca se quedó con ellos y yo me subí a dormir, después de no haber comido desde la tarde con un par de cervezas tuve para caer rendida.

En la mañana mi amiga no estaba, y su vocho tampoco, dejó su chamarra de cuero, yo estaba segura que ella jamás dejaría esa chamarra en ningún lugar, siempre la traía puesta decía que era de la buena suerte porque su papá se la había traído de Chile, no la dejaría ni por accidente, ni por olvido.

Quise llamar a su casa, a sus padres. Pero, ¿qué les iba a decir? Si se suponía que habíamos ido a una salida didáctica de la prepa. Insistí con la gente del hotel, nadie sabía nada. Fui a la policía y me dijeron que seguro andaba de fiesta, que la esperara en el hotel. Me encabroné y salí azotando la puerta. Me quedé sentada unas horas, no sé cuántas, estaba perpleja, no sabía qué hacer ni a dónde ir, o si quedarme o qué.

En una banca de la plaza central me puse la chamarra de Rebeca todavía olía a su perfume metí las manos en los bolsillos y saqué una bolsita de plástico con mota, y en ese instante como una revelación, o un hallazgo, escuché a unos tipos que decían que iban a Catemaco. Todavía no puedo entender por qué, pero caminé hacia la estación de autobuses y compré un boleto a Catemaco. No sé si creía que el destino nos iba a volver a juntar o de verdad no me importaba en dónde estaba mi amiga, después de las negativas de la gente para ayudarme me resigné demasiado rápido a haberla perdido. De cualquier manera, no podía haberme dejado ahí sola, tendría que volver y encontrarme, era lo más lógico. Ella siempre aparecía con su enorme sonrisa y lo arreglaba todo con un jalón de mota.

## 5

Nunca había estado en un pueblo tan pequeño, tan feo y tan ruidoso, como ese. Y a la vez lleno de naturaleza y misticismo. Gente yendo y viniendo en sus camionetas con la música a todo volumen, eran los ancestros de los reggetoneros de ahora. Las calles de cemento, las construcciones grises sin ningún estilo o toque arquitectónico, sólo cajas de zapatos una al lado de la otra haciendo de casas. Caminé un poco al borde del lago, una señora vestida de gitana insistió en leerme la mano, yo no quise porque me dio miedo, su mirada fría, penetrante, como si con un solo vistazo pudiera adivinar no nada más mi futuro, sino también mis pensamientos, le di cincuenta pesos para que me dejara en paz. Me dijo una perorata en un idioma extraño, tiró el billete y escupió en mis pies. Sentí asco, repulsión, coraje, me acerqué al agua y limpié mis botas. Al día siguiente hablé con la señora de una tiendita, le conté lo sucedido con la gitana, me dijo que ese no era lugar para una chica sola y tan linda, me dijo también de un lugar. Como no tenía nada que perder y de cualquier manera Rebeca seguiría extraviada, fui, y por un momento me olvidé de mi amiga.

—Voy a Dos Amates, con Doña Imelda.

—Sí. ¡Súbale!

Al parecer ahí todos conocían a la tal Doña Imelda. Después de no sé cuánto tiempo eterno, en un camino de terracería con árboles por todos lados y el olor de la naturaleza, del aire fresco y salvaje, llegamos al lugar.

Me quedé parada enfrente de la puerta, era como una selva, una puerta de árboles y vegetación enorme, frondosísima. Se sentía la paz... y el olor a mota quemada. Entré por el pasillo verdísimo, que daba a un jardín lleno de flores y más árboles, un gato blanco salió de la nada y se acercó a olisquearme. Lo quise agarrar.

—¡Quieto, Diablo!



Se escuchó una voz ronca. El gato se esfumó. Una señora de aspecto indescifrable, se abrió paso entre la maleza.

—¿Qué quieres hija, quién te mandó?

—¿Eh? Nadie, una señora de Catemaco me dijo que...

—Mmm... Catemaco. Ven ya es tarde, hay una hamaca libre.

La seguí, entramos en una choza grandísima de dos niveles, hecha de madera y paja, había otras personas ahí, sólo pude distinguir dos cuerpos en su respectiva hamaca y tres casas de campaña. Me enseñó en dónde poner mi mochila, me dio un vaso con leche tibia y ella y su enorme melena china desaparecieron en la obscuridad. Me tomé la leche que tenía nata y casi me vomito, me moría de hambre, traté de dormir. Cada pequeño ruido, cada sonido, me despertaba, el crujir de las hojas, las ramas con el viento, los animales nocturnos, pasé una noche desastrosa.

Me despertó el olor a café, Doña Imelda estaba junto al fogón.

—Dormiste mucho, niña

—Perdón es que...

—Es normal. Aquí parece que todos nomás vienen a dormir. Siéntate, toma café. No tardan mis hijos con el desayuno.

Platicamos un poco. Le conté que había perdido a mi amiga en Xalapa. Me respondió lo mismo que los policías, me levanté furiosa dispuesta a largarme de ahí.

—No te enojas niña. No lo digo en mal. Aquí nadie se pierde. Eso aquí no pasa. Ya siéntate, ándale.

Me calmé y seguimos hablando. Entraron dos mulatos hermosos, con el torso desnudo, bermudas y chancas.

—Mira niña, son mis hijos. Alejandro y Fabio.

Los tres nos quedamos en silencio. Ellos caminaron directo al fogón a preparar el desayuno. Mientras comíamos, discretamente miraba sus brazos torneados y el color precioso de su piel oscura. Alejandro se ofreció a llevarme a conocer la región. Yo le dije que quería buscar a mi amiga.

—Ha de ser la que viene con los morros de ayer, ¿no, amá?

Me explicó que llegaron tres turistas antes que yo, y que la chica se parecía a la que le estaba describiendo.

—No tengas pendiente, ha de ser ella. En la noche regresan a comer. Mientras, si quieres te enseño la región.

—Bueno, sí.

—Traite chancas y algo pa' nadar.

Tomé la mochila pequeña con mi cámara y mi cartera. Atravesamos el jardín y recorrimos el pasillo salvaje en silencio. Al llegar a la calle de terracería, me acomodé la mochila para seguir caminando más cómoda.

—¿Qué haces morra? Súbete

Un poco avergonzada, abrí la puerta de una enorme 4x4 color rojo, jamás me imaginé que sería de él.

—¿Es tuya? —No pude evitar la estúpidamente obvia pregunta.

—¡Pos sí!

Llegamos a un parque nacional. Nos subimos en una lancha que nos llevó a una playa perdida, escondida, virgen, sólo él y yo. Puse mi toalla en la arena y me dispuse a tomar el sol.

—¿Qué hace, Morra? ¡Vamos a nadar!

Corrí atrás de él. Nos sumergimos en el impasible mar. Las olas me arrastraron. Nunca lo pude alcanzar. Llegó otra ola, me llevó al fondo, sentí la arena en la panza. Me impulsé para salir a flote y llegó otra ola. Con desesperación y ya casi sin oxígeno moví brazos y piernas para salir a la superficie. Y llegó otra ola. Una mano me tomó del brazo y me sacó del mar.

—Ay, Morra, te juites re lejos. ¿Pues qué no sabes nadar? Me hubieras dicho.

—No. Sí sé nadar. El mar está muy turbio

—¿De dónde vienes, tú?

—Del D.F.

—Ah, no. ¡Pos con razón!

Nos quedamos un rato sentados y riendo. Yo no estaba tan divertida, pero creo que sí fue muy gracioso el ridículo que hice. Nos secamos y comimos unas frutas que él traía en la mochila. Me olvidé de todo, que existía mi vida en D.F., que Rebeca estaba perdida, que habían pasado días y yo no me había comunicado con mis padres y ni ganas tenía de hacerlo. Me sentía feliz en ese momento con aquel chico.

Regresamos a la camioneta y agarramos camino hacia San Andrés, compré un montón de tabaco, como para fumar en seis meses por sólo cien pesos era increíblemente barato, a él le dieron un guatote de mota, nunca vi que lo pagara, quizás tenía crédito con «el bueno». Subimos al monte con la 4x4, y luego seguimos caminando, casi al fin del mundo, casi hasta tocar el cielo. Yo estaba embelesada entre tanta naturaleza, me sentía envuelta por un humor

salvaje, una cosa mágica, que me llevaba fuera del mundo. Fumamos y nuestros labios encontraron algo más que palabras que decirse.

Ya bien entrada la noche regresamos a Dos Amates, y ahí estaba Rebeca.

—¿Rebeca¿ ?Qué pedo, qué haces aquí ,cómo llegaste¿ ?No chingues¿ !por qué me dejaste?

—Hay perdón, es que estabas bien jetona. Y ellos me invitaron a una fiesta. Pero mira, ya pasó el trauma, ¡ya nos encontramos!

—No. Ya ni la chingas, estaba bien preocupada, buscándote por todos lados.

—Sí, con el negro mamado ese. ¡Pobrecita!

A lo lejos se escuchó un grito:

—¿Quién va a querer mota?

Salimos al jardín y alrededor de una fogata estaban Alejandro, Fabio, Doña Imelda, los amigos de Rebeca, uno era el que nos había ayudado a ponerle gas al vocho lo reconocí por la cicatriz y otros dos chicos. Nos sentamos a convivir, a contar historias, de cómo nos conocimos, de cuando Rebeca tuvo su primer novio, de cómo le habíamos hecho para llegar solas hasta allá.

Nos quedamos tres semanas en ese hermoso lugar, lleno de vegetación y animales, con gente cálida y agreste, con un amor fugaz que se quedó en mi corazón como un recuerdo entrañable, un amor hermoso e imposible, inocente y feroz... un amor.

## 6

Regresamos a la ciudad, felices, llenas de amor y juventud, con un espíritu inquebrantable que sólo la inocencia nos puede dar. Al leer el letrero en la carretera «Bienvenidos al D.F.», una punzada en el estómago me hizo recordar algo que nunca pude ni he podido extrañar: mi familia. Un grupo de personas tan ajenas a mí, tan distintas, no sólo física, sino emocional y mentalmente. Yo no sé en dónde están y no me interesa. Creo que ellos piensan exactamente lo mismo de mí. Somos unos desconocidos que tienen que compartir cuatro paredes, que sonreír cada cumpleaños y abrazarse en navidad. Un grupo de personas que se acuchillan por la espalda a la más mínima distracción y provocación. Un grupo de personas que nada tienen que hacer juntas, pero el azar las puso a compartir la sangre y el apellido. Todo eso lo sentía palpitando en mi cabeza y en mis entrañas, y mejor me quedé a dormir en casa de Rebeca todo el fin de semana, para postergar un poco más, el inminente regreso, al no-hogar.

Volver con mis padres a la casa enorme y fría. Regresar, siempre regresaba, estaba harta de eso. Quería quedarme, que alguien me tomara de la mano y no me soltara, que alguien me «adoptara», como su hija, como su mujer, como su esposa. Nunca pasó, nadie me tomó, todos me dejaban ir, eran sólo vacaciones. Eran vacaciones y ahí me quería quedar, en una vida de asuetos permanentes, sin casa, ni familia, nadie a quién reprochar sin palabras el dolor de vivir vacía, hueca, rota, despojada.

Deseo no haber regresado, gustosa me hubiera quedado en Dos Amates con Alejandro, pero, él nunca me lo pidió. Hubiera dejado todo atrás de mí para inventarme una nueva vida, una vida alterna, paralela a todo lo que antes me había ocurrido, una diferente y sólo mía, sin gente entrometida, sin amores consanguíneos forzados, sólo amor de verdad el que se quedó atorado en mi pecho, el que se asfixia por no poder salir y gritarle al mundo «¡Aquí estoy, sí

existo!».

Rebeca y yo pasamos muchas cosas juntas, por un tiempo llegué a pensar que ella era mi mejor amiga, mi hermana. Andábamos juntas en todas las fiestas, nos prestábamos la ropa, éramos de la misma talla y teníamos los mismos gustos estrambóticos, los mismos chicos nos gustaban, escuchábamos la misma música, en las fiestas nos reconocían porque andábamos juntas vestidas casi igual pero siempre guardando cada una su estilo, hasta hacíamos juntas algunas tareas. Yo era muy superficial en ese tiempo, me sentía identificada con ella sólo por nuestras semejanzas en cosas triviales, nunca hablamos de algo trascendental o de nuestra infancia, lo que la gente normal hace para conocerse, sólo éramos amigas de reventón, para comprar alcohol y drogas y ligarnos a los mismos tipos. Quizás ni éramos amigas, quizás no había amor entre nosotras sino envidia, competencia, frivolidad.

Nos fuimos a Oaxaca con su primo a casa de unos amigos. Yo me escandalicé un poco porque descubrí que Rebeca se acostaba con su primo, nunca me imaginé eso de ella, y nunca pensé que eso fuera posible: acostarse y amar a alguien de tu familia, a alguien perteneciente al peor grupo de personas de este planeta. No sabía si estaba enfadada con ella o asqueada, o qué sentía, era como si me hubiera traicionado, en ese momento, no sabía y no entendía.

¿No sabías, no entendías? Los odiaste porque en realidad tenían una relación más estrecha de lo que tú jamás podrías haber tenido con ella, ni con nadie, ellos eran amigos y además tenían sexo y compartían la sangre y el nombre, es la relación idílica que siempre deseaste, estar absorta con alguien más, tan compenetrada que se vuelven absolutamente inseparables, aunque estén lejos, el lazo es infinito y genuino. ¿Y tú que tenías? Las aventuras y el reventón. Eras su patíño, ni a los chicos compartían ella te dejaba a los que no le interesaban, eras su seguidora, andabas de tras de ella creyendo que caminaban juntas, ¿alguna vez fue a verte a tu casa? Tú la llamabas, tú la buscabas, le prestabas ropa y hasta dinero, que por cierto nunca te pagó ,no andaban juntas, no era tu amiga ,dices que eran tan parecidas, tú flaca y ella frondosa, tú lacia y ella china. Sólo te usaba mientras le funcionó estar contigo ,recuerdas tu vida, llena de mentiras.

Pasamos un par de días en Huatulco con ellos, y cuando tuve aquel hallazgo decidí continuar sola. Tomé un camión que me llevó por toda la costa en un viaje extraordinariamente largo, pero lleno de naturaleza y gente interesante.

En ese camión conocí a un surfista sueco, un hermoso vikingo de 1.90 metros, rubio y musculoso, se llamaba Jeppe. Estuvimos platicando por horas en el camión, y compartiendo experiencias, de otros viajes. Para mí era la quinta o sexta vez que andaba por la región del Pacífico, así que le conté de muchos lugares, él maravillado parecía que tomaba nota mentalmente, y hacía muchas preguntas. Por un instante me pareció que se estaba interesando en mí, pero no fue más que una impresión pasajera. Él, iba a Los Cabos, venía de Puerto Escondido. Yo, iba a Playa Paraíso venía de Huatulco. Seguimos platicando y unos minutos antes de llegar a mi destino me invitó a seguir con él hasta Los Cabos. No tenía nada que perder, así que me fui con él.

Llegamos un día y medio después, molidos de estar en el camión, apestosos a sudor, pero, contentos de nuestra compañía, en unas cabañas nos registramos a nombre de él, al parecer ya conocía a la gente del lugar. Esa noche me divertí tanto. Bebimos té de hierba mate, fumamos cigarrillos de clavo y seguimos contando historias, de las personas más raras que habíamos conocido, le conté de un tipo que conocí en un bar en Coyoacán, ya ni recuerdo su nombre, era un fulanita que se las daba de intelectual, sólo repetía lo que su papá le decía, eran unos choros monumentales sobre la inmortalidad del cangrejo y las leyes universales de la física mezcladas con metafísica que según él explicaban el orden universal de las cosas y puros cuentos absurdos, que si el amor y dios y no sé qué tantas patrañas, todo mezclado en un discurso rimbombante que no tenía ni pies ni cabeza, el típico discurso de un esquizoide. Yo salía con él porque era guapo y el sexo era delicioso, como siempre mi perdición. Lo ridículo no era sólo que su discurso era una cosa burda sin forma ni contenido, sino que él se vestía con ropa Armani desgastada y se creía muy sofisticado y lo más patético era que tenía un auto convertible del año, rojo, y vivía literalmente en una pocilga, una casa que parecía abandonada como esos edificios de los «ocupas»: llena de cajas, ropa vieja, suciedad y gatos meándose por doquier; y sí ahí estaba yo, no sé cómo ni por qué, pero ahí estaba yo.

También hablamos de lo más gracioso que nos había pasado y del peor ridículo que habíamos hecho, y en ese momento me di cuenta que el peor ridículo había sido haberle contado a Jeppe, un chico hermoso que acababa de conocer, sobre el tipo asqueroso de Coyoacán. Y preferí cerrar la boca y dejarlo hablar por el resto de la noche.

Dormimos en la misma cama, porque no había otra, en total camaradería y

respeto. Al día siguiente, Jeppe se levantó y directo al mar a cortar olas. Me quedé mirándolo desde la playa, tomándole fotos, era como apuntar el disparador a un animal salvaje, imprevisible, feroz, absolutamente fuera de mi alcance. Sus amigos se me acercaron, todos con mucha familiaridad como si ya nos conociéramos, me invitaron el desayuno. Me contaron que Jeppe tenía SIDA, que no estaba en tratamiento y que estaba pasando sus últimos días, o semanas o meses, en las bellísimas playas mexicanas, era su lugar favorito, y él sólo tenía veinticuatro años. Me estremecí, sentí pena y horror, y al verlo disfrutar el mar, sentí su felicidad, el aire de libertad del que él estaba envuelto no era una fantasía mía ,era el halo de la muerte. Su belleza estaba basada en eso, en conocer su momento final, de saberla cercana, de no estar más en la incertidumbre de la vida. Podía hacer lo que quería con su vida porque ya conocía el momento de su muerte. Su capacidad de decidir qué hacer con su vida y el valor de afrontar su muerte con una sonrisa. Una hermosísima sonrisa sueca.

Sentiste pena y horror y también envidia, él tenía un objetivo, un lugar a dónde ir, no andaba por la vida como veleta o dando tumbos, sin ton ni son, no era una desubicada, ni una loca, él tenía un destino y un camino trazado, tú Yolanda, no tenías nada.

## 7

Semanas después, llegué a Playa Paraíso, me encontré allá con otra amiga, Karla, ella era muy divertida, le encantaba levantarse temprano y correr por la bahía, yo sólo la miraba y me zambuhía un poco en el mar, para luego tomar la ansiada posición horizontal. Me gustaba mucho que, como ella era lesbiana se desvivía porque yo estuviera bien, como lo haría un chico, con la ventaja de recibir esas atenciones de un cuerpo femenino que no tiene erecciones a la menor provocación o sin provocación alguna.

Me llevaba un café cuando ella regresaba de correr y se acostaba junto a mí, para sobarme la espalda y las piernas. Una vez que yo tenía antojo de una Coca-Cola, ella cruzó el río en panga, tomó una combi a San Jerónimo buscó una tiendita y trajo hasta mí tres cocas de lata, las últimas que quedaban en todo el pueblo. Me encantaban sus atenciones, su vivacidad, su capacidad de hacer cosas para los demás, creo que me gustaba más de lo que aún puedo aceptar.

¿Te enamoraste de una lesbiana? Te gustó o fue tu confusión, al estar tan necesitada de amor, de querer llenar a toda costa el hueco que tu abuela dejó. Lo que buscabas en esa mujer era el amor de tu abuela, es lo mismo que buscabas en todos y en todas partes, Yolanda, ya nunca lo ibas a encontrar. Estabas ya demasiado confundida, creo que ni tú misma tenías claro que querías, si llenar tu vacío, encontrar el amor, sustituir el amor de tu abuela, suplir su figura protectora o sólo sentirte deseada, querida, ver la debilidad del otro para entonces lanzar tu zarpazo, vengarte con todo el que pudieras del dolor que sufriste al perder a tu más grande amor. Ya estabas perdida enredada en una maraña emocional de reacciones que no te iban llevar a ningún lugar, nunca hiciste pausa para pensar, no podías, estabas en el ojo del huracán, sin ver, ni pensar, sólo sentías y reaccionabas torpemente.



Con Karla pasé dos o tres semanas, ya no lo recuerdo. Conocimos a un grupo de chicos muy divertidos, resultó que uno era escritor se llamaba Camilo y venía regresando de una estancia en España, había estado fuera del país como tres meses y sus amigos ya lo extrañaban. ¡Qué padre sentimiento ese!, el de saberse extrañado, el de saber que hay alguien que piensa en ti, que te espera, que te necesita, que quiere platicar contigo para desahogar su alma, que necesita tu compañía, tus chistes bobos... que bello.

Pues ese grupo de amigos resultó ser una bomba de cordialidad, y camaradería. Durante el tiempo que conviví con ellos en la playa pude sentir que realmente eran parte de mi vida, gente para compartir, para platicar o para simplemente sentarnos uno al lado del otro y ver el atardecer.

¿Ellos eran parte de tu vida, Yolanda? O más bien necesitabas sentirte parte de algo, aunque fuera sólo una ilusión. Eran unos desconocidos a los que te aferrabas. Tratabas de leerles tus textos y nadie te hacía caso, hasta el Camilo se paraba y se iba a fumar a otro lado cuando empezabas a leer, ¿por qué eso no lo quieres recordar? No eras parte de nada, era una ilusión, una historia más que te contabas a ti misma. ¿Te acuerdas que te acostaste con Camilo? Eso no lo quieres contar, ¿Por qué lo hiciste, al menos te gustaba? Sólo querías tenerlo para después olvidarte de él, para botarlo como te sentiste botada por tu abuela. Repetías y repetías en un círculo eterno aquella noche.

Una vez Camilo se fue con los pescadores a las cinco de la mañana. No pescó nada, pero los hombres en agradecimiento le regalaron dos peces enormes. Como pudimos entre todos, primero los dejamos morir, después hicimos una fogata y tratamos de cocinarlos, hasta que la dueña de las palapas nos los quitó furiosa y luego de una hora, mandó llamarnos con su hija, estaba todo servido: pescado frito con ensalada para siete.

Llegó el día en el que ellos regresaban al D.F., me di cuenta, de que no nos conocíamos, de que no teníamos nada que ver, de que probablemente no volveríamos a vernos, y así fue.

Cuando Karla y yo regresamos, su mamá pasó por nosotras a la terminal de camiones de Taxqueña, me llevaron a mi casa, pero yo no quería regresar, no quería que el tiempo con ella terminara, sabía que no tendríamos oportunidad en la ciudad, en la vida cotidiana y horrenda no cabían sus cuidados. En la vida cotidiana y monótona no cabía que yo estuviera con una chica, que me gustaran sus caricias, que me gustara su amor. En la ciudad y en la rutina sólo cabía mi neurosis, mi necesidad insaciable de: buscar, encontrar, desechar.

Echaría todo a perder.

Quizás esa chica sí hubiera podido cuidar de ti, como tanto lo deseabas, nunca le diste oportunidad, no sólo es tu neurosis de: buscar, encontrar, desechar. Soportó que te acostaras con Camilo en su cara y nunca te lo reprochó. Es tu necesidad neurótica de autodestrucción, deshaciéndote de lo que quieres, te hace feliz, te hace mórbidamente feliz, como si en cada relación, en cada encuentro, repitieras la noche en la que te rompieron el alma.

## 8

Pasados los años entré a la Universidad, no supe nada de Karla ni de Rebeca. Cuando explotó la huelga de estudiantes mis padres me prohibieron hablar con mis amigos de la prepa, con cualquiera relacionado con la prepa. No querían que me mezclara con gente problemática. Me cambiaron de escuela y terminé el grado en una institución privada, llena de gente fresca y retardada, con los que nunca pude hacer ni una amistad, ni una plática, ni nada, de hecho, ellos empezaron; cuando supieron por qué me incorporaba tan tarde al último grado de prepa me empezaron a decir: La Moche.

Ese tiempo exacerbó mis sentimientos de estar fuera de lugar, de no pertenecer. Mis padres una vez más me sacaban de mi terruño para meterme a una realidad ajena, a la que no correspondía, de la que era excluida.

Un día recibí un correo, era Karla pidiéndome que nos viéramos, parecía muy apurada. Nos encontramos en la cafetería del centro cultural de la universidad, y me pidió que la acompañara a abortar. Me sorprendió mucho que después de tantos años me buscara para eso. Quizás pretendía no volver a verme y dejar el suceso en el olvido junto conmigo. La acompañé a una clínica privada, llegamos a las seis de la mañana, ella entró a quirófano a las siete, y a la una estábamos en el metro de regreso a casa, en silencio, tomadas de la mano. La dejé en la puerta de su departamento, nos abrazamos, le di el beso más dulce y más agrio que he dado, y nunca más nos volvimos a ver. Me quedé como una cómplice de su pasado, atrapada en un tiempo doloroso de su memoria, golpeando las paredes del olvido.

De Rebeca después supe que tuvo un hijo, un varón. Cuando yo me enteré de eso el niño tendría cuatro años, así que calculo que se embarazó durante la huelga, por eso no terminó la prepa. En el segundo año las dos sosteníamos relaciones con un chico, le decían El Cuervo, era lo que hoy denominaríamos un machiprogre-darketo, y en ese tiempo, aunque no existía tal definición,

igual nos dábamos cuenta de su juego vil, pero quizás era eso lo que nos seducía de él, que era vil y ominoso. Era una fantasía de cuentos de hadas oscuros vueltos a la realidad.

Alquilaba un departamento en el centro que compartía con sus hermanos, tenían un balcón con gárgolas, y el interior era una escenografía sacada de la novela *Drácula*, de la que éramos fanáticos. Nos fascinaba embriagarnos, leer poesía, les encantaba que les leyera en francés, y nos volvía locas que aquel bello adolescente delgado de piel pálida y cabellos negros, acelerara nuestros ritmos cardiacos y provocara pequeñas explosiones rojas en nuestras mejillas.

Una tarde Rebeca y yo estábamos tumbadas en el colchón, El Cuervo se levantó y se puso los calzones, abrió uno de los cajones del ropero y sacó una caja la colocó en el piso y de ella tomó una matatena.

—Tenía años que no veía una de esas, desde que era niña. —dijo Rebeca mientras encendía un cigarrillo.

—Yo tenía una metálica, se quedó en Francia en casa de mi abuela.

—¿Ya vas a empezar con tus historias tristes, Yola? Mejor vengan a jugar.

Nos sentamos los tres en calzones, fumando mota y cigarrillos, ese truhan nos ganó todo el dinero de la semana. Eran tiempos tan exquisitos, no necesitábamos nada. El Cuervo se levantó y se miró en el espejo, se vistió y salió sin decir palabra, nosotras no preguntamos, él era así. Al cabo de quince minutos regresó con un cartón de chelas, nos pusimos borrachos casi de inmediato pues no habíamos ingerido alimento desde la mañana del día anterior. Bailamos y bebimos, besos de amor loco adolescente y música. *Bauhause* y *The Cure* se azotaban contra los cristales de las ventanas. Me aparté un momento de ellos y fui a la cocina estaba exhausta, busqué algo de comer, pero sólo había pan de caja hongueado en el refri, en la alacena encontré una caja con cereal tomé un puñado y lo engullí, estaba rancio. Corrí al baño a vomitar.

Fantaseábamos con procrear, decíamos que la muestra más alta de amor puro sería darle un hijo a El Cuervo. Nunca pensé que Rebeca se lo tomaría en serio, era un juego, sólo cosas que se dicen, y que nadie espera que otro pueda recordar.

¿Eso te parecía muy divertido, Yolanda? ¿Ese era tu idilio de juventud? Juntarte con gente podrida que no valía nada, porque así te sentías tú, así de devaluada te tenías a ti misma, por eso andabas con gente nefasta, ¿te parece muy divertido? Todavía noto nostalgia en tus palabras cuando hablas de eso y

me da mucha pena, me horroriza que no entiendas que eso estaba muy mal que sólo te hacías daño, que únicamente te estabas destruyendo.

## 9

Para mis estudios superiores regresé a la Universidad Nacional, ahí me reencontré con algunos compañeros de la prepa, nadie me miraba, aunque era claro que me reconocían, una vez encontré mi coche rayado con *lip stick* morado, decía «esquirola». Me encerré en el coche, lloré, lloré como nunca, los que habían sido mis amigos, mis compañeros de equipo y de pedas, ahora me decían esquirola. No tenía idea de qué era eso, pero supuse era algo muy malo. Yo no quise irme, yo nunca quise dejar la prepa en el peor momento, ni a mis amigos. Yo nunca he querido dejar a nadie, siempre hay una circunstancia que me arranca de todo, que me separa del mundo, que me deja a la deriva.

Con el tiempo se olvidaron de mí. Dejaron de escribirme cosas en el coche. Y con el tiempo yo también me olvidé de ellos, de sus rostros, de sus risas escandalosas, de sus voces estridentes, olvidé todo. También olvidé las razones que me llevaron a estudiar Letras Francesas y fastidiada de todo, de todos, quería arrancar de mí eso que no me dejaba ser feliz, eso que me orillaba todo el tiempo al desamor y al desamparo, eso que no me permitía volver a ser feliz. Abandonando la carrera simbólicamente me alejaba de la búsqueda del amor que perdí con mi abuela, me alejaba de esa terrible falta que sólo me destrozaba la vida y no me permitía seguir. Hice cambio a Sociología, una generación debajo de la que me correspondía, sin nadie que me reconociera y me gritara ESQUIROLA por los pasillos de la facultad. Sin pasado ni antecedentes podría tener un nuevo inicio.

Ahí conocí a Aquiles, andábamos del tingo al tango juntos, en la facultad y en cada oportunidad que teníamos de pasearnos por el país. En unas vacaciones de fin de año nos fuimos a Tijuana, fue un trayecto espantoso, en un camión guajolotero, pero al final lo logramos, después de treinta y dos horas de recorrido llegamos a la ciudad prometida, acalorados, sudorosos y oliendo a perro mojado. Visitamos cuanto antro se nos ponía en frente, la pasamos

mayormente drogados, todavía no sé cómo salimos vivos de ahí, aunque sólo fueron cuatro días, creo que fueron los cuatro días más peligrosos de mi vida.

Te sorprende o te decepciona haber salido viva de ahí, seguías buscando la muerte, Yolanda, seguías buscando la muerte. Aún que no lo sabías, creías que buscabas el amor, que buscabas algo que alguien te susurraba en la noche en tus sueños de forma sobrenatural. No era eso. Buscabas destruirte, te autoexiliabas con esos viajes, pero siempre estaba el regreso, ese fatídico momento en el que te dabas cuenta que una vez más no habías conseguido nada.

Nos metimos al primer hotel que encontramos cerca de La Sexta, nos bañamos, salimos a comer y terminamos en El Dandy del Sur, bebiendo cerveza y atascándonos de cacahuates, una chava se ligó a Aquiles y nos invitó a otro bar. El lugar era muy oscuro, con música gótica, yo bailaba feliz *Love will tear us apart*, en medio de la pista, un tipo me ofreció de su trago y bebí. Despertamos en casa de la chica, yo en la sala con una pijama rosa que no era mía y ellos en el cuarto de la chava, Gloria, nos dio de desayunar. Fuimos a la playa, de camino compramos cerveza, en la playa adoptamos la ansiada posición horizontal y bebimos, escuchamos *Pictures of you*, *Charlotte sometimes* y *Friday I'm in love*, llegaron unos amigos de Gloria, bebimos vodka, un tipo me acompañó a comprar comida a la tiendita, nos atiborramos de papas y vodka y cerveza, regresamos a casa de Gloria me prestó ropa, ella sacó perico. Entramos al Baby Rock, bebimos, bailamos, bebimos. Despertamos en el hotel, yo estaba en calzones y Aquiles no estaba, esperé, me bañé, esperé. Llegó Gloria, me arreglé, sacó perico, arrancó la pick up negra, Aquiles estaba en la playa con los amigos de Gloria, bebimos, tragamos papas, bebimos, fuimos a El Dragón Rojo, sacaron perico, bebimos. Desperté en la cama de Gloria entre ella y Aquiles, sacaron perico, bebimos, fuimos a la playa.

—Ya no puedo más, no dejo de temblar, mejor ya vámonos a otro lado. Estos weyes están muy perros.

—Sí. Creo que tienes razón, mañana nos vamos a Guadalajara con mi tía.

Bebimos, en casa de Gloria hicimos una fiesta, llegaron mil personas no sé de dónde, sacaron perico, bebimos, bailamos, bebimos, perico. Llegó la policía, nos llevaron a los separos, nos bajaron todo el efectivo. A Aquiles le robaron sus botas y lo raparon y a mí me manoseó una policía

—A veces se guardan la droga hasta en dónde no, así que tengo que estar

segura.

Al siguiente día, nos largamos.

Nos fuimos a la casa de la tía de Aquiles cerca de La Minerva, nos dio trabajo en su cafetería. Desde que los dos despertamos junto a Gloria, las cosas cambiaron, creo que él también quería más. No podíamos decirlo, para no arruinar la amistad. Quizás en la siguiente peda.

Trabajábamos durante el día con la tía Alba y algunas noches nos íbamos de fiesta, pero quedamos en hacerlo más relax, en que sólo alcohol, nada de drogas. Pero no funcionó, el perico nos gustaba más de lo que creíamos y terminamos dándonos un encerrón de cinco días, con sus primos en una casa de veraneo en Melaque.

Salimos una vez más, destruidos, pero había algo tan bello en eso: la posibilidad inalcanzable de la mortalidad, finitud y silencio. La autodestrucción que no lleva a nada más que a seguir viviendo, podrido, jodido, como sea, pero sigues aquí, fastidiando a todos, sin desaparecer. Te hundes en tu propio vacío y nadie te saca, porque paradójicamente no estás cayendo, estás estático, en un presente eterno, pausado en el tiempo que sigue corriendo, flotando, inadvertido y así se te pasa la vida: inadvertida.

Y así pasaste por la vida esos años, inadvertida y por la muerte también. Eso es lo que más te duele, haber tocado mil veces el fondo y nunca haberte ahogado, que la puerta nunca se abrió para ti, viste a muchos de tu generación sucumbir en las delicias de la muerte por sobredosis y a ti, ni eso te tocó.



# 10

Mi presencia en este planeta  
la de quién no fue invitada  
la primera vez que pisé la tierra  
la vida estaba de vacaciones  
han renegado de mí y yo de ellos  
bastardos y malditos  
antihéroes immaculados  
preciosos rebaños  
despojados de sí mismos.

# 11

Uno de los primos de Aquiles nos invitó a pasar año nuevo con su novia en Veracruz, nos subimos al coche negro y tomamos carretera por doce horas, sin parar, el primo estaba loco, iba todo colocado y no nos dijo. Total, que la prima estaba en Catemaco, yo no quería regresar a ese pueblo de asfalto, pero no había vuelta a atrás.

La cena la tomamos en casa de Doña Imelda, que resultó ser la tía de la novia del primo de Aquiles, me sentí nerviosa por volver a ver a Alejandro, él no estaba, andaba en San Luis, lo que me dio más incertidumbre porque cualquier día de esos llegaría, para pasar el año nuevo ahí. Fabio ya estaba casado y con una niña de un año. Una parte de mí deseo con todas sus fuerzas que Alejandro siguiera libre.

Unos días después, luego de cenar fumamos un poco de mota y dormimos. Cuando desperté ya todos se habían levantado, sólo había alguien junto al fogón, era Alejandro. Tomamos café y platicamos de lo que habíamos hecho en esos años.

—Yo sabía que ibas a regresar, Morra. Yo lo sabía.

—Ah... —No supe ni qué contestar, me quedé ahí, enfrente de él, con mi cara de tonta.

—Si, Morra. Es que tú no sabes nada, pero ya vas a saber. Te traje un regalo. Fui a Real de Catorce, porque sabía que ibas a venir, mi amá me lo dijo.

—Qué lindo, gracias. Que linda tu mami.

—No, Morra. Mira, mejor vamos al monte o a la playa, ¿Dónde quieres ir?

Subimos a una pick up dorada, el interior era de piel, estaba despampanante, me dio muchas sospechas un auto tan lujoso, pero no quise ser prejuiciosa. En el monte fumamos unos puros y bebimos licor de café, una combinación deliciosa y explosiva, mis labios se adormecieron y mi cerebro

también. Alejandro me tomó de la mano y la acarició con ternura. Desde niña nadie me tocaba de ese modo. Me besó la mano, la colocó en su cara, la olió profundamente como para que mi olor se quedara guardado adentro de él, besó la palma, nos quedamos en silencio un rato. De su chamarra sacó algo, me lo puso alrededor del cuello, acarició mi cabello. Nos quedamos contemplativos.

—¿Estás muy flaca no, Morra? ¿Estás enferma?

—No estoy enferma, es que llevamos como un mes de viaje y no hemos comido bien.

—Sí, se nota. No te preocupes, yo te voy a cuidar.

—Gracias —Le dije con una sonrisa de incertidumbre, un poco fingida, un poco sin saber a qué se refería.

¿Incertidumbre, Yolanda? ¿No entendías que alguien quisiera cuidarte, protegerte y amarte? Ya se te había olvidado qué era eso, te rompiste y tu vida anímica se quedó pausada en la falta, tu abuela no regresaría, tus padres nunca te amarían como ella lo hizo, el hueco que dejó fue estratosférico, querías llenarlo, ansiabas llenarlo y al mismo tiempo sentías que la traicionabas si alguien más lo llenaba, Alejandro no tendría futuro contigo, ni nadie más. Eso tendrías que entenderlo tú, pero estabas muy lejos de empezar a razonar tu vida.

En la noche, estábamos todos sentados alrededor de la fogata, platicando. Doña Imelda se levantó fue hacia la cabaña y regresó con una cajita.

—Mijo Alejandro, trajo para todos, y para celebrar esta ocasión especial, trajo unos «abuelitos», agarren uno cada quién, y coman.

Después de un rato de haber comido la cactácea, un impulso me arrojó al bosque, Alejandro iba atrás de mí, pero yo no lo veía. Lo único que veía eran los colores nítidos, sentía la respiración del bosque, escuchaba el latido de la tierra, la exhalación de los árboles. El todo y la nada se rebelaron ante mí, ante mis sentidos. La eternidad de la existencia abrazó mi cuerpo mortal y mundano. Pisando la tierra me elevé, crucé galaxias enteras, me hundí en el océano, el tiempo se detuvo, un susurro, un suspiro, exhalación. Seguía pisando la tierra, seguía en este cuerpo y al mismo tiempo habitaba el universo; el planeta entero, la tierra, el mar, los ríos, las montañas, todos los árboles y las plantas: todo eso también era yo. Lo vi todo, el pasado, el presente eterno, el futuro inexistente. Alejandro me tocó el hombro.

—¿Puedes sentirlo?

—Sí

Nos abrazamos, un abrazo infinito en el que todas nuestras vidas se encontraron, nuestros antepasados, todo se presentó en ese instante, un presente eterno. Tomó mi cara con sus manos, nos miramos fijamente, el tiempo se hizo elástico, nuestros cuerpos también, viajamos al infinito y regresamos a la tierra en una respiración. Nos vimos en todas las vidas posibles, todos los presentes paralelos e infinitos, supimos nuestro destino. Esa noche dormimos juntos a la intemperie, abrazados, respirándonos. Algo en mí cambió, supe que era de él desde siempre y para siempre, supe que ahí y en cualquier parte siempre estaríamos juntos.

## 12

Ojos cerrados  
prismas y fractales se dibujan ante mí  
el jaguar me muestra el universo  
conjunciones, hallazgos

¿En dónde está la libertad?  
huesos y carne me atan a la naturaleza  
mi ser se diluye en la flor de loto.

\*\*\*

Cetáceos acampando en mi inconsciente  
el mar en una pecera gigante  
aullidos de ballenas  
me sumerjo al inframundo de la consciencia

animales apacibles y contundentes  
me enseñan lo inofensivo  
cantos y movimientos rítmicos  
el flujo de la vida

\*\*\*

La eternidad reflejada en el océano  
prismas se dibujan  
colores nítidos, brillo de diamantes  
los tres tiempos se conjugan en un solo fractal  
el lenguaje del Chamán.



## 13

La cena de año nuevo la preparamos todos, nunca había participado en una elaboración masiva de alimentos, por un momento fue como estar dentro de una convivencia familiar, ajena a mis recuerdos personales. Yo piqué las verduras, nunca supe en qué usaron todo eso, pero pasé como cuatro horas picando ajos, cebolla, zanahorias, aceitunas, lechuga, rábanos, pepinos, y no recuerdo qué más. Al final quedó algo delicioso, nunca probé nada igual, no porque fuera especial o gourmet, sino porque estaba lleno de amor. Mi madre solía comprar comida congelada que «preparaba» en el micro ondas, sabía a plástico. Ese día cené delicioso: pavo relleno, ensalada rusa, espagueti, ensalada mediterránea, todo hecho a mano y para brindar mezcal. Jamás en mi vida he vuelto a beber y comer tan delicioso, o quizás fue que estaba muy sensible por la noche anterior.

Justo después de las doce campanadas, los abrazos y buenos deseos, Alejandro habló:

—Gracias a todos por estar aquí, como ya todos saben es una ocasión muy especial para nuestra familia.

Tomó mi mano y continuó:

—Morra, cástate conmigo.

Todos aplaudieron, nadie espero mi respuesta, me abrazaron y felicitaron, él me besó después de pedirle permiso a su mamá. Doña Imelda me abrazó y me dio la bienvenida a la familia.

Bienvenida a la familia. ¿Querría yo ser parte de una familia? ¿Podría yo ser parte una familia? ¿Terminaría clavándole un cuchillo por la espalda a mi suegra o ella a mí o a Alejandro? ¿Podría quedarme a vivir en Dos Amates para siempre? ¿Qué haría yo ahí?, trabajar: ¿de qué?, quedarme en la choza, en el campo, ¿haciendo qué?, si no sé hacer nada.

Jamás antes había vivido lo que, con Alejandro, no quería perder esa cosa

mágica que encontré ahí, con él, con su gente, estar ahí era estar fuera del mundo, en una realidad alterna, perfecta, en la que la vida me sonreía, sin burlarse de mí; en esa realidad, me sonreía con amor. Era un idilio del que no quería salir, no quería volver a la ciudad sucia, a la realidad amarga. Hice todo por quedarme, en verdad lo intenté.

—Niña ya levántate, vamos por agua al manantial.

—¿Qué?... pero es de noche.

—Ya va a amanecer. Levántate ya.

En obscuridad total, con una lamparita que alumbraba a un metro de distancia y nada más, de madrugada sin luna, caminé con Doña Imelda hasta el manantial, llenamos botellas de plástico y me las echó en la mochila. Regresé molida, sólo quería seguir durmiendo. Me puso a preparar café para los huéspedes, limpié el jardín, recolecté frutas maduras de los árboles, puse flores en un jarrón en la mesa, doblé toallas limpias de los visitantes, lavé el baño. Una y otra vez, así cada día, cada mañana interminable. ¿Cuánto tiempo podría yo aguantar esa rutina? Apenas llevaba tres semanas así, y sentía dolor de estómago cada vez que escuchaba la voz ronca de Imelda. Una vez me hice tonta y me quedé toda la mañana en el manantial, hasta que Alejandro regresó. Al día siguiente lo pagué con creces, no sé de dónde salieron tantas toallas sucias y el batidero del baño fue inmundo. Me quedó claro quién era La Ama del lugar, y yo no quería tener un amo, ¿cuánto tiempo podría durar así? Alejandro no estaba en las mañanas. Siempre se iba como a las tres de la madrugada y regresaba a las nueve o diez de la mañana con el desayuno. Yo tenía que pasar todas esas horas con Imelda, cumpliendo sus órdenes. Cuando él regresaba normalmente estábamos Imelda y yo sentadas tomando café y fumando mota, así que supongo que él creía que yo no hacía nada, no lo sé.

—¿Por qué sales de madrugada, a dónde vas?

—Eso, Morra. Todavía no te lo puedo decir, hasta que seas mi mujer.

—No mames, Alejandro, no me vengas con jaladas, si ya estamos juntos aquí, es lo mismo. Dime. ¿A dónde vas?

—Bueno, nomás porque mi amá me dijo que tú eras para mí. Desde la primerita vez que vinistes, y por lo que nos dijeron «los abuelitos» antes de año nuevo, no más por eso, Morra.

—Ok, sí. Gracias. Dime pues.

—Pues con mi camioneta llevo mercancía a Xalapa, a Poza Rica, al Puerto,



a Coatzacoalcos. A todos lados.

—Y ¿qué llevas?

—¿Cómo, qué llevas?, pos que voy a llevar ¡.Plátanos!

—¿Plátanos? ¿De dónde?, nunca he visto un platanar aquí

—Ay, Morra, no te digo. — se acercó más y susurrándome al oído me dijo  
— Mota... y coca.

—¡No manches! Eso es peligrosísimo. Esos tipos son criminales, como puedes...

—¿Y de qué quieres que viva, Morra; ¿De pasear gringos!?

No supe qué contestar, me sentí como una idiota, me di cuenta que no tenía ni la menor idea de quiénes eran ellos, de que la forma de vida en el campo no era así: apacible y de ensueño. Me dio mucho miedo. Pues por eso todos conocían a Imelda, estaba en el mero «punto» y yo de lela.

Una madrugada lo seguí hasta que se subió a una pick up negra inmensa, había un tipo manejando y otro en la caja sentado, lo pude reconocer, era uno de los tipos que se habían llevado a Rebeca de fiesta, hacía ya tanto de eso, que no lo recordaba, pero en cuanto vi su cicatriz supe que era él.

Amaneció. Arranqué la camioneta dorada de Alejandro y me fui. Manejé como hipnotizada, no sabía ni a dónde ir, ni qué hacer. De cualquier manera, no podía hacer nada. Me paré en una tiendita, compré una Coca-Cola y cigarros, me senté en una banca del malecón, sin darme cuenta llegué hasta el puerto, un tipo se me acercó.

—¿Tú por qué trais la troca del Wachi?

—¿Qué?

—¿Tú - por qué - trais - la troca - del Wachi?

—¿De quién?

—Alejandro.

—Es mi novio.

—Ah, no manches, tú eres La Morra.

Echó un silbidote y con el brazo derecho hizo señas. Se acercó una muchacha con un bebé en brazos.

—Mira, Morra. Ésta es mi mujer. Andrea.

—Mucho gusto.

—No. El gusto es nuestro, el Wachi nos ha hablado mucho de ti, hasta el cansancio. Yo no sé por qué no te trai acá con la banda.

—Pues no sé.

—Bueno hay la vemos, Morra, traigo un chingo de plátanos pa' repartir, ¿no quieres?

—¿Eh? No. No, gracias. No tengo hambre.

—Ah, qué, Morra ésta, sí eres como dice el Wachi. Bueno hay la vemos.

Me quedé ahí, sentada, no sé cuánto tiempo, no pensaba nada, sólo veía a la gente pasar, los veía cómo miraban la camioneta de Alejandro, como si lo buscaran a él. No quería regresar, ni a Dos Amates ni al D.F., quería quedarme fuera del mundo, suspendida de la realidad, quería irme, largarme, a cualquier lugar.

Una mano tocó mi hombro, era Aquiles.

—¿Qué pedo?

—¿Qué pedo? Tú, ¿qué haces aquí?, te están buscando con Imelda.

—Sí, ya me voy.

—No. Aguanta. ¿Neta te vas a casar? ¿Te vas a quedar a vivir aquí?

—No.

—¿No?

—No sé.

—¿No sabes?

—No wey, no sé. No mames, cómo me voy a casar esa es una pendejada, pero el pinche negro me gusta un chingo, me encanta Dos Amates, no quiero salir de la selva, quiero perderme aquí, no quiero regresar a la ciudad que apesta.

—Ok. Bueno. Pues estás en un pedo, porque ya están comprando un chingo de cosas para la boda. ¿Ya le dijiste a tus papás?

—¿Qué? No. A ellos jamás. No quiero que vengan, quiero que esto sea mío, sólo mío, no quiero que nadie lo destruya, no quiero que nadie me lo quite.

—O sea, entonces, sí te vas a casar.

—No sé, no sé wey. No me presiones.

—No, no. Pérate, nomás pregunto. Porque si no, pues acuérdate que el semestre empieza en dos semanas.

—Si wey, ya sé.

—Ah.

Encendimos un cigarro, luego otro, y otro más, todo en silencio. Aquiles compró cerveza, bebimos un six.

—¡Pinche camionetón!, ¿qué pedo? Se maneja súper chingón.

—A wevo, es de mi wey.

—Ay pinche Yola, no mames.

Llegamos a un bar, pedimos tequila y cerveza, tequila y cerveza, y otro más. El mesero se me acercó.

—Señorita, si se siente mal, cuando guste, cuando usted me diga le podemos llamar al señor Wachi, para que venga por usted.

Por un momento me quedé petrificada, luego me dio un ataque de risa. Ese Alejandro me cuidaba mejor que mis papás, mejor que cualquiera.

—Si wero, gracias.

Seguimos bebiendo, nos terminamos la botella, cuando quisimos pagar nos dijeron que no era nada, que era cortesía de la casa, pal señor Wachi. Yo feliz, muriéndome de la risa, burlándome de mí misma. Todavía seguía dudando si quería quedarme en un lugar en el que todos me cuidaban. Manejamos hasta Catemaco, compramos perico, lo preparamos descaradamente en el cofre de la camioneta, dos, tres jalones y listo. Apenas las nueve de la noche, la fiesta empezaba.

Desperté en medio de la maleza, con el suéter roto, la cabeza me dolía horrores, sentía que se me iban a caer los dientes, estaba muy deshidratada, como pude y tambaleándome me metí a la choza. Aquiles estaba sentado con Alejandro e Imelda, en cuanto me vieron se empezaron a reír. Alejandro me ayudó a sentarme y me sirvió café.

—Ora sí se pasaron ¿no, Morra?

—No sé, wey, ¿por qué?

—Ve a ver cómo quedó mi camioneta

—Ahorita, neta me siento fatal

Todos se rieron. Después de unas horas, cuando recobré la lucidez y la fuerza, salí a ver la camioneta. El cofre y los asientos estaban todos llenos de polvo blanco.

—Chale. ¡Qué desperdicio!

—Si verdá, pero pus ni modo, Morra. Te toca lavarla.

## 14

Aquiles salió de la choza con su mochila en los hombros, listo para volver a casa y a la escuela. Yo salí con él, lista para decirle a mis padres que me iba a casar con Alejandro.

En la TAPO nos despedimos, él tomó el metro, yo un taxi. El carro se tardó cuarenta y cinco minutos en cruzar la ciudad, una tranquila mañana de domingo. D.F. Calle Tenorios. Casa de mis padres. Entré sin hacer ruido. Me metí directo a mi cuarto, me bañé, eché toda la ropa de mi maleta en el bote de ropa sucia, colgué en el espejo el collar que Alejandro me dio cuando regresó de San Luis, metí un CD puse REPEAT una y otra vez: *Friday I'm in love*.

—Yol, ¡Yol! Vístete y sécate el pelo, van a venir mis hermanas a comer, y arréglate, por favor maquíllate esa cara horrorosamente pálida, pareces muerta. Te compré un vestido nuevo, está muy lindo, ¡póntelo!

—Sí, madre. Ya voy. Cierra la puerta.

Me vestí y me pinté la cara como a mi madre le gustaba. Me recogí el cabello en un chongo, para no peinarme. Me puse el collar.

—Prima, que bueno que bajaste. Te fuiste mucho tiempo. Ya te extrañábamos.

—Sí. Gracias.

—Ay, pero cuéntanos. ¿Qué hiciste tanto tiempo, a dónde fuiste?

—¿Conociste a un chico guapo?

—Sí.

¿i—Qué!?

—Nada. Que sí, me la pasé muy bien, conociendo a la gente y muchos lugares. De hecho...

—Bueno, ya nos contarás con más calma después. Pásame la sal.

Entre el ruido de las voces chillonas de mis tías y las estupideces de mis

primas, las tarascadas de mi padre al masticar, el choque metálico de los cubiertos contra la porcelana de los platos y la música de fondo. La tarde terminó.

—¿Y ese collar prima? Es de jipis¿,no?

—Este es un regalo muy especial que...

—Hay mira, má, Poncho me ensució la blusa.

Nunca encontré el momento para hablar con mis padres, ni el valor. Pasaron las semanas. Fantaseaba con que quizás en algún momento Alejandro aparecería y me llevaría con él, fuera del mundo, en su troca dorada.

Fantaseabas, eso es lo que mejor sabías hacer, fantasear, salirte de la realidad, vivir en evasión total. Si tú quedaste de regresar con Alejandro ¿por qué esperabas que él apareciera en tu casa? ¿Cuando ni si quiera sabía en dónde vivías! Esperabas que él llegara a salvarte de tu propia vida, de tu propia podredumbre, que te sacara de tu dolor cuando ni tú misma estabas dispuesta a abandonarlo porque en realidad te encantaba ser una pusilánime melancólica que se regodeaba en su propio dolor, ¡como los cerdos se revuelcan en su inmundicia!, así estabas tú, Yolanda, querías que te salvaran de un estado emocional del que ni tú misma querías salir.

En la facultad todo iba igual.

—¿Qué tranza Yola?

—Qué tranza

—Saca la mota, ¿no?

—No chingues, las vacaciones estuvieron brutales, creo que ahora sí nos pasamos, ya hay que bajarle, aún que sea un rato, un mes, una semana, de mínimo.

—Si, neta. Bueno, un cigarro.

Con Aquiles me encantaba estar, nunca había pasado ni futuro, existíamos en un eterno presente. Creo que con él sí me hubiera casado.

Un mes después recibí una llamada de Alejandro en mi casa, a las tres de la mañana. Me apresuré a contestar y hablar lo más bajo posible. Él quería venir para conocer a mis padres, como se debe. Obviamente eso nunca iba a funcionar, hubiera sido como abrirle la puerta a la realidad-real y dejarla invadir mi vida. Lo convencí de esperarme. Me dio una semana de ultimátum. No le dije nada a mis padres, era absurdo, no quería meterlos en eso, no quería que también lo arruinaran, pensaba que de algún modo Alejandro iría

por mí, que una noche llegaría y me llevaría de regreso a Dos Amates, o simplemente fuera del mundo.

Tres semanas después llamó Imelda, me dijo que Alejandro había muerto en una balacera en Tampico. Colgué, no sentí nada, me quedé impávida, sin tiempo ni memoria, sólo estaba presente en mí la noche en la que comimos peyote, el único momento en el que sentí que mi vida tenía un motivo, una razón de ser, y todo se esfumó con él, ¿por qué no lo busqué antes? ¿para qué regresé al D.F.? ¿por qué no me quedé en Dos Amates y ya? Si era lo que buscaba, lo que imploraba, era lo que quería desde la primera vez que estuve ahí con él, y yo misma saboté mis deseos, ¿estaba tan acostumbrada a la sensación de pérdida que por eso lo dejé? No lo sé, nunca entendí por qué no me quedé con él en Veracruz y ya. ¿Qué hacía él en Tampico, si no era su rumbo?, ¿quizás estaba explorando otros mercados?, no lo sé. ¿Si me hubiera regresado estaría viuda? Si me hubiera regresado él no habría ido a Tampico.

Esa fue una de las primeras balaceras que hubo, con el tiempo se desató una violencia irrefrenable y generalizada en todo el país. Jamás volví a Dos Amates. Jamás me quité el collar.

No te quitaste el collar, ¿ese era tu ridículo homenaje al hombre que te amó? Con él descubriste los misterios de la vida, del pasado y del presente, entendiste, Yolanda, entendiste para qué estabas viva y de todos modos lo abandonaste, se te dio la oportunidad de ser feliz no una vez, sino dos y hasta tres veces y nunca la tomaste y dices con tu cinismo característico que guardaste el collar, ¡es un puto collar!, no es Alejandro, tenías que haberlo guardado a él en tu vida, no su collar después de su muerte. Eres absurdamente cruel, lloriqueas por amor y cuando lo tienes enfrente no te importa aniquilarlo.

# 15

Lo último que existe cuando ya nada vale sólo el dinero se atesora comiendo entrañas alimento de burguesía clama dulce boca susurros corazón taimado oprobio de pulsiones sacrilegios funestos en funerales de niñas crías de diosas medusas sinfónicas sugerencias sugestivas la luz rompe por la ventana de cristal opaco sonidos agudos chillantes mareos nauseas sus ojos bestiales no del inframundo sino de otras galaxias su naturaleza promiscua me amarra dioses del holocausto vienen por su venganza dioses y diosas que han abandonado la tierra despojan a la humanidad de esperanza si no hay esperanza no hay belleza sin belleza no existimos lo que es bello lo que es bueno lo que amo lo que busco en los rincones immaculados susurros de bestias paradigmáticas las paredes crecen a mi alrededor como girasoles en verano súper novas explotando.

Una extraña prisa por vivir la vida por amar de lejos una extraña prisa por beber tus labios poseer tus ojos por cerrar tus manos mirarme en tus deseos inclinados desbordados inclementes una extraña prisa y el tiempo que te alcance la piel envejecida roída puñados de arena pegados en tu cara una extraña prisa por vivir lo vivido por olvidar el pasado y seguir en este instante hacer de una vida el instante perfecto el presente constante el futuro en los hallazgos el futuro es la fruta que me quiero comer y que no madura el absurdo de lo desconocido del deseo de controlar lo ajeno al Otro y a los otros una extraña prisa por perpetuar el instante el presente eterno la vida aquí Hoy.

## 16

Yo estaba clavadísima con mi tesis y Aquiles con una tipa de psicología, era una mequetrefa, lo manipulaba y sólo se ponía entre él y yo. Así que por un tiempo nos distanciamos, y no volvimos a coincidir. Aquiles terminó trabajando en un *Call Center*, porque la tipa esa se embarazó. Yo estaba investigando el tema de la autogestión y el cooperativismo, un profesor me conectó con una comunidad de Milpa Alta, se dedicaban a la siembra de nopal y tuna, era gente muy modesta, muy centrada en el mundo, con una perspicacia casi insólita, con el tiempo llegaron a aceptarme en su círculo y confiar más en mí, y, por ende, darme más información.

La venta de nopal era el puro tapujo, de eso no salía nada, hubo un tiempo en el que varios niños murieron de inanición, y el poblado se organizó, decidieron cooperar y sembrar mota. Y de eso salía para mantener a toda la gente, seguían viviendo de manera modesta, pero al menos ya no había niños muertos. Si no, ¿de qué más? Me decían, y pues sí, era una realidad innegable.

Estar con esa comunidad me recordaba mucho a Dos Amates, era un oasis en mi vida, gente buena, tranquila y honesta, vendían mota para subsistir igual que Alejandro y su familia, no porque fueran criminales. No tenían otras opciones y sólo tomaban las cosas como les llegaban, aprendí mucho ahí. Me di cuenta de lo estúpida y frívola que yo era, que nunca le di importancia a las cosas que realmente la tenían, que de no haber sido tan problemática y rebelde hubría podido tener una familia, quizás no feliz, pero al menos una familia, la que siempre me estaba esperando en casa, mis padres, a los que me esforcé por amar y nunca pude, me sentía culpable de eso y mi deseo de autodestrucción fue creciendo hasta que se me salió de las manos, dejó de ser un castigo por no querer a mis padres y se convirtió en una forma de vida destructiva con todos, para todos y para mí misma principalmente.

Terminé la tesis en un año gracias a mi maestro, que estuvo presionándome



muchísimo y me pedía avances cada semana, obtuve mi grado casi de inmediato. Me urgía largarme. Aunque me daba cuenta de mis errores y de lo mal que había llevado mi vida, tenía una necesidad de autoexilio, quería deshacerme de mis culpas, de mi pasado ominoso. Recuerdo que mi director de tesis me dejó hacer un ensayo final, me pidió que escribiera para las memorias del seminario, «Quiero que hagas un ensayo en el que expongas para qué eres buena, así de simple y llano», lo que escribí:

Soy buena para quejarme, para verle defectos a lo que parece perfecto. He sido muy buena arruinando mi vida, caminar sin rumbo fijo hasta llegar al hastío de la vida misma por no llegar a ningún lugar, pero el problema no era la vida era que yo no tenía rumbo, eso lo hice muy bien. También soy buena para que la gente que no me conoce crea que soy mejor persona de lo que en verdad soy, y viceversa, o sea, los que creen que me conocen llegan a pensar que soy peor persona de lo que en verdad puedo llegar a ser.

Soy buena, he sido buena para tener enemigos, de repente aparecen, se siente su odio y su vibra asquerosa y ¿cómo llegaron a odiarme? no lo sé, la mayor parte de las veces es gente que yo ni conozco o apenas sé de su existencia, pero ellos o ellas saben todo de mí, me critican, me odian, hasta inventan cosas y reinterpretan mi vida de una manera en la que yo jamás la habría podido ver, me parece que creen que mi vida es mejor de lo que en verdad es o podría llegar a ser.

Soy buena para vivir en el pesimismo no sé qué tiene de bueno la vida, podría dejar de existir y nada cambiaría, jamás cambiaría el curso del mundo porque yo esté o no en la vida, así que nunca he entendido para que existo, pero existo, y sigo existiendo, quizás con la esperanza de encontrar un significado o significativo en mi vida, quizás sólo por rutina, a veces creo que soy un perro: despierto, como, existo, cago, duermo, existo, y ya, no pasa nada.

No. Sí pasan cosas, siento, siento muchas emociones en un día, puede ser miedo, ansiedad, desasosiego, furia, tristeza, hastío, eso es lo que mayormente siento, luego salgo a la calle le sonrío a algunas personas, ¿por qué?, no más, por costumbre también y entonces hablan conmigo, y cuando nos volvemos a ver volvemos a tener una minicharla, así me siento bien, es como tirarse un pedo, me libera, de algo, no sé de qué.

No sólo hay muchas emociones que me saturan durante el día, también pensamientos, ideas, recuerdos, hay frases que llegan a mi mente no sé de

dónde y me recuerdan algo que quiero olvidar, o sentencias que llegan como un aire perfumado y las repito y me gustan y empiezo a escribirlas y sigo escribiendo como en una posesión lingüística, eso me fascina, me saca del mundo y mete en mí, en una que soy yo y extraño y quiero y me gusta a mí misma y quedo satisfecha.

También soy buena para escupir serpientes y cucarachas no es que tenga algo en contra de ti, o de ella o de él, es que, si no, se me quedan atoradas, y se enmohecen adentro de mí, así que te las tengo que escupir, a veces te caen en la cara, lo siento, aun que en verdad no me importa, a veces te caen en la ropa blanca.

Otra cosa para la que soy muy buena es para jugar, es como meterme en una burbuja flotante, existir sin existir, ser sin estar, es ausencia; me gusta, me divierte, me llena, me hace reír.

Éste ensayo nunca lo entregué, en su lugar hablé de cómo mi proyecto de investigación había cambiado mi perspectiva de la vida, de lo necesario que era continuar haciendo investigaciones como esa, y de cómo se podría negociar una ONG para fomentar la autogestión en pequeñas poblaciones. Cuando lo presenté ante el seminario de investigación de tesis de la facultad, me aplaudieron y me invitaron a seguir trabajando en mi proyecto, lo más propicio era iniciar los estudios de maestría. Yo tenía otras cosas en la cabeza, no más importantes, pero sí más urgentes y necesarias, al menos así lo entendía en ese momento.

Me urgía que mi padre cumpliera su promesa: llevarme a Francia a casa de la abuela, en cuanto obtuviera un título universitario. Y me urgía regresar a mi hogar a reencontrarme con lo que quedaba de mi abuela. Yo ya había cumplido con mi parte, sólo faltaba él.

Para mi sorpresa no se hizo el remolón, ni el olvidadizo, como siempre. Y ese verano por fin, otra vez después de diecisiete años regresé al lugar mágico de mi infancia, al único que ha visto la felicidad en mis ojos y el amor en mi sonrisa. Llegamos juntos un martes y él se regresó a México el viernes siguiente. Me quedé sola en la casa de la abuela. En mi hogar de siempre. Estaba cerca de las ruinas del Castillo Griego. La casa seguía intacta, el mobiliario algo desgastado como es normal.

—¿Quién ha vivido aquí todo este tiempo?

—Nadie, una ama de llaves. La casa es tuya. Te la heredó tu abuela, puedes quedarte aquí el tiempo que desees.

Las palabras más bellas que jamás me había dicho mi padre. Era libre, podía ahora, regresar a mi Hogar. Quedarme en el nido caluroso del que nunca debí haber salido.

# Mediterráneo

## 1

La calma viene por sí misma  
se acumula la información  
todas las piezas del rompecabezas están en la mesa  
puedo armarlas  
puedo ver

Claridad  
expansión  
completud

Todo cobra sentido  
se calma mi corazón agitado  
la mente encuentra silencio

La gravedad me lleva a la tierra  
soy una semilla  
deseo germinar  
la tierra me toma en sus brazos maternos

Paciencia...



## 2

Me instalé rápidamente en casa de mi abuela, que ahora era mía, por supuesto tomé el que había sido su cuarto por más de cincuenta años. En cada rincón buscaba vestigios de ella como si una parte de mí creyera que en una de esas me la podía encontrar de verdad, sana y salva, que todo había sido una mala broma del destino, pero no pasó, la busqué en los recuerdos, sus cosas me hablaban de ella, su ropa, su peine de plata, sus lentes para ver de cerca.

Empecé a usar sus cosas, la bata de dormir de seda con pájaros pintados a mano, me ponía sus lentes como diadema y sus chancas, siempre me habían parecido tan cómodas y calientitas y ahora eran mías, ya tomaba café y lo hacía en la taza de porcelana de mi abuela que tenía forma de flor, esa que desde niña siempre me encantó y ella no me dejaba tocar para que no la rompiera, ahora era mía también, todo era mío, todas sus cosas, sus secretos, su casa, excepto ella.

Claire, la ama de llaves, era una señora muy amable, hablaba poco, pero respondía a todas mis preguntas y yo estaba ávida de escucharla, quería saberlo todo, cada detalle. Me contó lo triste que había pasado mi abuela sus últimos días, le rompió el corazón la forma en la que mis padres me arrebataron de ella, los doctores dijeron que murió de un paro cardiaco, Claire me dijo que no, que murió por que el corazón se le había roto de amor. En su testamento dejó una carta, en el lomo decía: Yoli.

*Mi amada Yoli,*

*No nos volveremos a ver. Tengo el alma partida, por no poder decirte esto en persona, esperaba que crecieras un poco más para decírtelo, pero el tiempo nos ganó, espero que llegue el día en el que puedas leer estas palabras.*

*Mi amada Yoli, tengo que decirte una verdad que va a cambiar tu vida, por favor tómallo con calma. Tu madre murió al darte a luz. Su nombre era Geneviève igual que yo. Tu madre era la hermana menor de tu padre, que en realidad es tu tío, era mi hija pequeña. Tus padres te adoptaron porque no podían concebir, y tú necesitabas una familia. Yo siempre quise tenerte a mi lado, pero ellos decidieron irse a México con la familia de Karina, tu madre adoptiva.*

*Yoli, espero me perdones por esto. Por no habértelo dicho antes. Por haberte dejado con ellos. Tú eras mía, eras todo lo que me quedaba de Geneviève. Siempre quise hacer lo mejor para ti, por eso te dejé con Christian y Karina, sólo quería que tuvieras una familia, que crecieras feliz.*

*Me arrepiento de no haber tenido el valor de criarte yo misma, de dejarte a mi lado. Lo único que puedo hacer para resarcir el daño que te he hecho es dejarte mi casa, nuestra casa, todo lo que hay en ella te pertenece, sólo a ti, mi amada Yoli.*

*No hay palabras para expresar el dolor que se ha quedado en mí, lo único que tengo es esta casa, y ahora es toda tuya, igual que mi amor.*

*Para siempre tuya*

*Tu abuela, GENEVIÈVE.*

Leí y releí la carta, quería memorizar cada palabra, las últimas palabras de mi abuela para mí. Su amor infinito. Su corazón también se quebró igual que el mío. Sentí un enorme alivio al saber que Karina no era mi madre, que esa mujer y yo teníamos nada en común, que no existía ni un hilo que nos uniera, sentí que el mundo se abrió a mis pies, un panorama diferente. Se dibujó ante mí, un mundo de posibilidades en las que yo cabía, en dónde sí podía pertenecer y coexistir con mis historias, más que nunca desee que mi abuela estuviera viva, escuchar su voz, sentir sus manos tibias, sus palabras dulces, la ternura de sus ojos.

Más que nunca la necesité conmigo, los cuentos que me leía, todo su amor. Ella era mía, me la quitaron, me la robaron, me sentí despojada ¿Para qué me llevaron con ellos a México si nunca me iban a querer como ella lo hacía? Si nunca iban a poder suplir nuestro amor, fue una violación a mi corazón, a mis afectos, mi vida se quebró desde ese momento y cada vez más, cada día que pasaba lejos de mi abuela sin saber nada de ella, creyendo que me había olvidado. Creí que la persona que más me amaba en la tierra de un día para el otro se había olvidado de mí, nunca lo entendí como tal, pero siempre sentí ese dolor era como un fierro atravesado en mi vida, un hacha que no corta sólo lastima, punza, huele, secreta sangre y pus, y todos se alejan para no sentir la peste.

Más que nunca también odié a mis padres, Karina y Christian, por haberme hecho vivir una mentira y no tener el reparo de hacérmelo saber, por dejarme sentir culpable por no poder amarlos cuando en realidad era imposible, siempre fantasee con tener una madre diferente más parecida a mi abuela, y no era una fantasía era la realidad que se me había negado y que no me habían permitido saber, el hecho de que mis padres me adoptaran y me dieran techo y comida no les daba el derecho de borrar mi pasado, que de cualquier manera era indeleble, porque habitaba en mí, en lo más profundo de mis recuerdos, en cada célula de mi cuerpo. Me trataron como a un perro, creyeron que por darme alimento y casa ya les debía obediencia. El amor y el respeto se ganan, son las únicas cosas que uno no controla en la vida, eso nace con el trato, se macera con los días, con los años de cariño, no sólo por atender las necesidades básicas de un ser vivo.

Si no pertenecía a esas personas banales y estúpidas con las que tuve que crecer, entonces, ¿a quién? Quise saberlo todo, quién había sido mi madre, qué había sido de mi padre. Claire estaba preparada para todas las preguntas que yo pudiera hacer, tenía un baúl repleto de fotos, recuerdos y cartas.

Me mostró fotos de mi madre, Geneviève, con mi padre adoptivo, su hermano Christian, mi tío, eran igualitos, ella rubia y él castaño. Crecieron felices en la apacible provincia francesa. Sacó de una caja las carpetas que solíamos bordar mi abuela y yo, las de ella preciosas y las mías imperfectas e inconclusas.

—Las planché y las guardé tal cual estaban, las tuyas siguen sin terminar quise dejarlas así, a ver si un día quieres continuar con eso.

—Eso era sólo con mi abuela, guarda estas y las otras hay que ponerlas en la sala.

Esa tarde, la última que pasé con mi abuela, me había leído el cuento más hermoso de todos los tiempos *El ruiseñor y la rosa*, por eso estábamos bordando ella un pájaro y yo una rosa. Era como una premonición macabra que justamente esa haya sido nuestra última lectura y nuestro último bordado.



### 3

Las primeras luces del día  
rocío congelado en las hojas del rosal  
ruiseñor moribundo  
en el rosal de flores blancas  
se distingue un único brote rojo.

## 4

Cuando llegó el movimiento jipi a Francia mi madre se fue en una casa rodante con su novio a recorrer todo el país, dicen que llegaron hasta Alemania en dónde se separaron y ahí ella conoció a gente del partido comunista de Berlín Occidental y se quedó con ellos. Esas oficinas trabajaban de manera ilegal y más bien intercambiaban cigarros y alcohol por armas rusas con la gente de los servicios secretos, supuestamente estaban organizando un levantamiento en Alemania Occidental.

Dicen que mi madre trabajó mucho en el partido y que algunos la discriminaban por ser francesa, pero que en la comuna se sentía en el hogar, cada semana le escribía cartas a mi abuela. La criticaban por su práctica burguesa de apego a la familia, poco a poco sus cartas empezaron a ser más breves y esporádicas. Sólo decía que se encontraba bien, que trabajaba mucho, que estaba feliz y enamorada. Me hubiera encantado conocerla, dispuesta a dejarlo todo por sus ideales, quizás demasiado testaruda para su tiempo. ¿Cómo se hubiera transformado mi vida de haber podido crecer con una mujer así, con mi mamá, con su amor, con sus cuidados? ¿Cómo sería yo ahora? Igual de loca, pero feliz, esa es una gran diferencia.

En cambio, su hermano, era completamente distinto, estudió ingeniería, era de derecha, siempre muy recto, extremadamente recto. Ahora entiendo por qué nunca pude congeniar con mi padre, con mi tío, por más que lo intentábamos los dos, de verdad lo intentamos, tratábamos de convivir en paz sin sacar a flote ningún tipo de comentario chocante para el otro, pero siempre pasaba algo, su rigidez era castrante para mi necesidad de libertad, y viceversa. Quizás en el papel de tío hubiera podido tener más influencia en mí.

—Un día tu madre, sin aviso ni nada, se presentó en la casa, todos festejamos volver a verla, hasta yo —Me contaba Claire mientras se limpiaba las lágrimas de la emoción. —Llegó con una barriga enorme de embarazo,

tenía seis meses, llegó con un alemán muy agradable, que nunca pudo congeniar con tu padre, con Christian, el hermano de tu madre. Cada cena era una discusión, que si la república, que si la democracia, que si Marx, yo no sé nada de eso, yo estaba feliz de volver a ver a tu madre, de tener a la familia junta otra vez y con la promesa de una nueva vida.

Me contó que fueron meses de alboroto en la casa, que nunca había estado el lugar tan lleno de vida y excitación, todos expectantes del nuevo integrante, haciendo cobijas y chambritas, preparando el cuarto de la nueva pareja y el que sería el mío. Mi madre quería que yo naciera en casa con una partera, mi padre biológico estaba furioso porque él quería llevarla a un hospital. La obstinación de ella ganó, todo estaba listo, un montón de toallas, baldes de agua tibia, la partera masajeando el vientre inmenso de mi madre, diez horas, catorce horas, después de dieciocho horas de labor de parto dio a luz, fue excesivo, no lo resistió, ni ella ni mi hermana gemela. Sí, mi hermana gemela.

Dentro del vientre materno tuve a la hermana que siempre deseé tener. No eran alucinaciones mías, mis deseos concordaban con la realidad, la deseaba porque una parte de mí sabía que alguna vez existió y siempre la extrañé, su presencia tan corta en este mundo se quedó grabada en mí para siempre, me hizo tanta falta su compañía. Dicen que mi madre apenas pudo mirarme, no pudo ni acariciarme, no me imagino el dolor inmenso con el que tuvo que morir, no me imagino tener que morir cuando lo único que quieres es vivir y ver a tus hijos crecer.

¿De verdad crees, Yolanda, que haber crecido con una mujer que pone en peligro a sus hijos nonatos por su obstinación jipista de parto natural, te hubiera cambiado la vida de negro a blanco, de melancólica-egoísta a feliz? ¿Crees que crecer con una jipi burguesa desenfadada hubiera sido bueno para ti? Espero que te des cuenta que fue su obstinación la que la alejó de ti, la que mató a tu hermana, la que aventó a tu padre al exilio.

Mi padre biológico estaba enfurecido, maldiciendo a los estúpidos franceses, con sus ideas retrógradas, antiprogresistas. Culpó a mi abuela y a mi padre adoptivo, los maldijo. Me quiso llevar con él, pero no se lo permitieron. Enfurecido salió de casa de mi abuela, tenía que regresar a Alemania las cosas no estaban bien allá, sólo le pidió una cosa a mi abuela que me cuidara y que me pusiera el nombre de Yolanda, el nombre de la canción que mi padre le cantaba a mi madre con su guitarra, la canción del amor, la única que aprendió después de haber estado dos años en Cuba,

después de eso no volvieron a saber de él. Hasta que, en 1989 con la caída de El Muro, dio una conferencia de prensa del partido, esa fue la última vez que lo vieron, por televisión.

Yo recuerdo muy bien esa escena, tenía ya ocho años. Mi abuela no se despegaba del televisor y yo quería leche caliente, fue la primera y única vez que hice un berrinche, me empeciné en mi leche y me tumbé en el suelo a llorar, mi abuela no me hacía caso sólo veía la televisión. Ahora entiendo por qué.

Claire y yo pasamos semanas acomodando la casa, poniendo las fotos de la familia, de mi familia, en marcos y en todas las paredes de la sala y el recibidor, sacando los recuerdos de mi madre, acomodándolos como en un museo, sus lentes de sol estrambóticos, un chal, un par de peinetas y unas botas verdes. Abriendo cartas y leyendo las aventuras de las mujeres de mi familia, las mujeres a las que pertenezco, a las que sí pude haber amado y admirado, no las tipas frívolas y cabeza hueca con las que me críe.

Otra vez Yolanda, idealizando al imposible, siempre crees que lo que no fuiste, lo que no tuviste, hubiera sido mucho mejor de lo que eres. No te das cuenta que de esa forma sólo te anulas a ti misma, no anulas a los demás, sólo a ti. Aunque tenías lo que deseabas no podías aceptarte a ti misma, abrazarte y amarte, no sabías cómo.

Entre las cartas de mi madre a mi abuela, había una de mi padre biológico para mí. Cuando la vi sentí que se me iba a salir el corazón. Él había pensado en mí todo este tiempo, no me había olvidado. La carta no era tan vieja era de 1997.

*Querida hija:*

*La conmoción que la muerte de Lady Diana ha causado en el mundo me recordó mucho cuando perdí a tu madre, y a ti. Sé que mi referencia es burguesa y ridícula pero no puedo ocultar más mis sentimientos. Esa misma conmoción la viví yo en soledad, en silencio. Sólo sé tu nombre, Yolanda, espero que sí te hayan llamado así. Estaba lleno de dolor y rabia, por haber perdido a la mujer de mi vida, tu madre. Te pido perdón por haberte dejado, pero no podía quedarme, el partido me necesitaba, la causa me necesitaba, estaban aniquilando al comunismo y lo consiguieron, asesinaron a todos, nadie habló de eso, ningún periódico, pero así pasó. Sobreviví porque hui, ahora estoy viviendo Chile, no sé cuánto tiempo estaré aquí. Quiero decirte hija mía, que siempre que tú quieras estaré para ti. En el partido siempre podrán darte razón de mí.*

—¿Qué es W. H? ¿.Cuál es el nombre de mi padre?

—Wolfan Hellemann.

1997, en Chile. En ese año el papá de Rebeca fue a Chile, me invitaron, yo no quise ir, porque Latinoamérica me daba hueva, en vez de eso nos fuimos una semana a Puerto Escondido con El Cuervo, a emborracharnos y a coger. ¡A emborracharnos y a coger! De haber ido...

¿De haber ido qué, Yolanda, crees que te ibas a encontrar en la calle muy casualmente con tu padre biológico y que él entonces te iba a reconocer o que de alguna manera alguien, algo, alguna cosa te iba a hacer coincidir con él, como por arte de magia? Como de esas casualidades metafísicas de las que ahora se habla tanto, que no hay casualidades, que las coincidencias no son accidentes, has estado demasiado tiempo expuesta a esas teorías que no hacen otra cosa más que neurotizarse a la población mundial con sueños absurdos y pensamientos obsesivos, que no los llevan a ninguna parte. Si nunca te vio, sólo unos minutos después de que naciste y nada más ¿cómo iba a poder si quiera reconocerte?, deja de atormentarte con imposibles, Yolanda aterriza, por favor.

¿Tendría que ir a Chile? ¿Podría encontrarlo en Alemania? ¿Cómo saberlo? Busqué en internet, en la hemeroteca, no había nada de él. Era más sencillo ir a Alemania a las oficinas del partido a preguntar por su paradero o contratar un investigador ahí mismo, que irme hasta Chile. Qué paradójico en realidad nunca estuvimos tan lejos, yo en México y él en Chile, siempre sobre la misma tierra y sin saber nada el uno del otro.

## 5

Me fui en tren para ahorrar dinero, el viaje fue tan largo, tan larga la espera. Llegué a Berlín. Nerviosa y sin saber una palabra de alemán, me hospedé en un hostel cerca de la estación de tren, por dos semanas busqué pistas del partido, sólo dos veces pregunté en la calle de manera casual y la gente ponía una expresión de haber visto al demonio, así que me dediqué a ver en los periódicos y en las revistas si acaso alguno era publicación de ellos.

En una calle que no recuerdo el nombre encontré un aparador, lo que llamó mi atención en un principio fue el reflejo de mi cabello despeinado, cuando enfoqué me percaté de que había una serie de engranajes dentro del aparador, se movían por la energía generada de un péndulo, provocaban que el vestido del maniquí de cera se moviera como las olas del mar, era la nueva colección de primavera de algún diseñador alemán emergente, era el regalo perfecto para mi cumpleaños, aunque faltaban seis meses bien valía la pena. Estaba a punto de entrar a la tienda, sonó mi celular, era Claire, no quise contestar, guardé el teléfono en mi chamarra, antes de que pudiera meterlo no sé de qué manera se me calló dentro de una pecera que estaba en la entrada del local. La gente adentro del local lo vio todo, una chica se apresuró a ayudarme a la mitad de camino se resbaló con la borra que se derramaba de la cafetera, muy apenada por lo ocurrido la ayudé a levantarse, nos sentamos en un banquito y uno de sus ayudantes sacó mi celular de la pecera

—Me parece que está muerto —Me dijo, mientras se quitaba un bucle que le caía justo a la mitad de la cara.

Tomé el aparato, lo sequé, traté de encenderlo, no funcionó, lo guardé en mi bolsa.

—¿Estás bien?, ¿no te lastimaste? —Le pregunté a la chica de la tienda.

En ese momento un líquido viscoso empezó a salir de su nariz, de sus orejas, era verde y olía a podrido, de un salto me alejé, horrorizada y con la

boca amarga.

—¡Llaman a una ambulancia! —Grité.

Ya no había gente cerca, salí de la tienda corrí y grité por ayuda, no había nadie alrededor, escuché una sirena que se acercaba, pensé que era una ambulancia, pero era la policía, empezaron a acordonar el lugar, yo seguía ahí afuera de la tienda y todos hacían caso omiso de mi presencia, acordonaron el lugar conmigo adentro, lo sellaron. Días después pude salir por los ductos de aire acondicionado, llegué a la azotea de un edificio de tres pisos, me asomé a las calles, estaban muy silenciosas, la ciudad estaba desierta, ni un humano, ni un signo de vida, sólo viento helado y neblina.

Tuve ese sueño una y otra vez, cada noche era un tormento poder dormir, no sé qué era no sabía cómo interpretarlo, si representaba una angustia, por no saber ni quién era mi padre, ni qué me esperaba en esa aventura, ahí sola en una ciudad desconocida, sin saber el idioma, sin conocer a nadie. La calle de ese sueño me era muy familiar, parecida a los sueños de mi pubertad, esas ciudades que me acogían que me gritaban, que me decían cosas sin que yo pudiera saber qué era, estaba en el punto de la angustia total, no sabía si seguir en ese viaje o regresar con Claire, tenía que encontrar a mi padre, es lo único que sabía.

Paseaba por el centro una tarde, un poco buscando y otro tanto conociendo el lugar, me senté en un café y pedí una cerveza, para fortuna mía entró un chico que repartía de forma gratuita gacetas del partido, nadie le recibió el ofrecimiento más que yo, todos se quedaron mirándome, me terminé la cerveza de un trago, salí de inmediato del lugar para ir tras del joven, él ya no estaba ahí, era como si se hubiera esfumado. Caminé rápido al hostel, ahí pude leer con calma, aún que no sabía alemán la dirección del partido quedaba bastante clara, era un no sé qué *strasse*, más un München, pues es Múnich y salí presta para allá, no tardé ni seis horas en llegar. Entré al edificio del partido, la gente me miraba renuente, en inglés y en voz alta pregunté si alguien conocía a Wolfan Helleman, un joven se me acercó y me dijo que bajara la voz.

—¿Por qué lo buscas?

—Es mi padre.

El chico se puso pálido, más pálido de lo que ya era.

—¿Estás diciendo la verdad? ¿Sabes que te puedes meter en graves problemas si mientes?

—Es verdad, es mi padre, aquí tengo una carta de él.

—Ok. Espera.

Me tomó del brazo, subimos unas escaleras hasta el tercer piso, recorrimos un pasillo inmenso, en la última puerta entramos.

—Siéntate. ¿Qué quieres? ¿De qué periódico vienes?

—De ninguno. Busco a mi padre.

Le mostré las fotos de mis padres biológicos juntos, le mostré la carta.

—Es verdad...

—Sí. Claro que es verdad. Tú lo conoces. Tú sabes en dónde está.

—Por ahora no puedo decirlo. No puedo hablar. Sólo puedo decirte que él estará feliz de saber esto. Ahora tienes que irte. No es seguro para nadie que estés aquí. Vete y no vuelvas. Nosotros nos pondremos en contacto contigo.

Se levantó, abrió la puerta y me sonrió al verme partir. Esa misma tarde tomé un tren directo a Niza, durante el trayecto tuve la sensación de que alguien me seguía, pero nunca pude estar segura.

Regresé a casa con Claire, y continuamos con nuestras vidas apacibles. Yo estaba emocionada por haber estado en Alemania, estaba segura que mi padre estaba más cerca de mí de lo que yo pensaba, a veces fantaseaba con que me lo encontraría cruzando una esquina. Nunca le conté a Claire lo que pasó allá para no preocuparla, le dije que me había ido a París a conocer la Torre Eiffel. De cualquier manera, sólo era cuestión de tiempo reencontrarme con él.

Las cartas de mi madre y la de mi padre las acomodé en un álbum plastificado junto con sus fotos, para conservarlas hasta la eternidad.



## 6

Empezó otro descubrimiento, la vida de mi bisabuela Elena. Tuve que contratar los servicios de un traductor para poder leer las cartas de mi abuela, él mismo me dijo que las cartas habían sido devueltas desde San Petersburgo, hasta quería comprarme los timbres postales, que eran una reliquia. Leyendo sus cartas supe que huía de la furia de su padre al haber quedado embarazada de un joven proletario. El padre enfurecido quería matarlos a los dos. Elena para evitar una tragedia decidió escapar con la promesa de que aquel joven la alcanzaría días más tarde. No había cartas del hombre, del que sería mi bisabuelo, sólo las cartas de mi bisabuela que fueron devueltas.

*Serguei, amado mío.*

*He llegado con bien, fueron días interminables de travesía. Me he instalado en una pequeña casa de huéspedes cerca de la playa, con el poco francés que sé, he podido encontrar un trabajo, seré la mucama en una casona. Si me quedo con el empleo me dejarán vivir en el ático de la casa. Espero verte pronto, no soporto estar lejos de ti, amor mío, he rezado cada noche para que la furia de mi padre no nos alcance, y que la gracia divina nos permita ser felices en estas tierras extrañas en las que podremos vivir unidos sin prejuicios, sin diferencias de clases.*

*Mi corazón espera ansioso por verte.*

ELENA

(Septiembre, 1916)

Todavía, aun leyendo las cartas de mi bisabuela me parece increíble lo que ella pudo hacer, cruzó la mitad del mundo para salvaguardar su amor. ¿Qué habrá pasado con Serguei? Quizás murió en la revolución, quizás el padre de Elena, mi tatarabuelo, lo asesinó.

*Serguei, mi amor.*

*Estoy muy preocupada por lo que te haya podido suceder, han pasado ya cuatro meses desde que llegué aquí, a esta tierra extraña, sólo por ti, por nosotros, por nuestro amor. Por nuestro hijo. Confío en Dios en que estarás a salvo y en camino. Tuya.*

ELENA

(Enero, 1917)

*Serguei, amado mío.*

*No quiero pensar que me has abandonado como dicen las chicas de la casa, no quiero pensar que te has olvidado de nuestro amor y nuestra promesa. Tu hijo está a punto de nacer.*

*Amor mío. Por favor.*

(Mayo, 1917)

*Amado Serguei.*

*Lamento mucho tu ausencia, las noches son eternas, nuestra hija es hermosa, tan hermosa como tú, amado mío, Serguei de mi corazón, te suplico nos dejes verte, saber de ti, tu hija te ama y te espera, y yo también.*

ELENA

(Octubre, 1917)

Resultó que en 1920 la bisabuela Elena se casó con el amo de la casa en la que empezó trabajando como mucama, y en seis meses ya era la ama de llaves. Su disciplina, integridad y belleza, fueron los atributos que encantaron al amo, que terminó adoptando y dando nombre a mi abuela Geneviève.

Me encontré entre historias maravillosas de mujeres fuertes y audaces, de las mujeres a las que pertenezco, de las mujeres a las que se les había borrado memoria e historia, y cobraban vida en mí. Por primera vez sentí orgullo de ser quien era, de pertenecer a esa familia, de llevar esa sangre en mis venas. Por primera vez supe que tenía sentido estar aquí, que todo lo que había sucedido antes había sido únicamente para llevarme hasta ese punto de encuentro, conmigo misma, con mis ancestros. Con lo que soy, con lo que tengo.

¿Todo lo que había sucedido antes fue para que llegaras hasta este punto de redescubrimiento de ti misma? Dicho así suena muy romántico. La vida no

tiene mucho sentido, Yolanda, las cosas no pasan por algo, no tenemos un propósito, no existe un destino, estamos, vivimos, comemos, amamos, si tenemos suerte, alguien nos amará y ya, no te rompas la cabeza con eso, nadie pertenece a ningún lugar sólo pertenecemos a nosotros mismos, si hoy murieras ¿crees que afectaría el rumbo de las cosas, de la vida? pues no, somos ínfimos, minúsculas creaturas perdidas en un mar cósmico, eso es todo, así que vive, disfruta y ríe, ríete de todo hasta de ti misma, has perdido mucho tiempo tu sentido del humor buscando un amor que ya nunca más ibas a encontrar.

## 7

Recibí un correo electrónico, era Aquiles. Desde que regresé a Francia que no tenía noticias de él.

*Yola, qué tranza, ¿cómo estás?*

*Tiene mucho que no sé nada de ti, ni tú de mí. No sé por qué nos distanciamos tanto. Quiero contarte que estoy feliz, soy un hombre feliz y quiero compartirlo contigo, por todo lo que hemos pasado, por la amistad que tuvimos. Tengo dos hijos y otro viene en camino, pura testosterona, mi mujer está vuelta loca con los niños y el nuevo embarazo, pero somos muy felices, ella trabaja en una escuela yo conseguí un trabajo en la Procu y me va bien. Me junté con un amigo de la facultad y pusimos un café, a veces viene mi papá y toca la guitarra a la gente le gusta mucho, deberías de venir un día estamos en la Portales*

*Cuídate amiga*

*Cuéntame de ti*

Intercambiamos varios correos, nos escribíamos casi a diario poniéndonos al tanto de nuestras vidas. Había días en los que me despertaba y de inmediato prendía la computadora para revisar la bandeja de entrada y leer la respuesta

de Aquiles, mientras leía sus palabras una sensación se apoderaba de mí, era como regresar al pasado y la atmósfera de esos días me llenaba. Me gustaba recordar, también me causaba mucho dolor, estaba construyendo una nueva vida y había días en el que el pasado producía demasiada interferencia en mí. Él nunca preguntó por Alejandro y yo no podía ni hablar de él, seguía siendo un tabú en mi vida, tanto que al mirar mi reflejo en el espejo ya no miraba el collar, aunque seguía pegado a mí. En realidad, Aquiles nunca me preguntaba cosas específicas, sólo decía: y tú que tal, o qué tranza contigo. Eso era todo y la que se echaba los choros y las listas de preguntas era yo, quizás a él no le importaba saber cómo estaba yo, quizás sólo le importaba pregonar su felicidad a diestra y siniestra.

Yo en ese tiempo daba clases privadas de español, para adolescentes ricos. Sacaba fragmentos de libros del internet, pero cuando les llevaba un libro en español, siempre se lo querían quedar, me ofrecían el doble o el triple, pero yo no podía venderlo, pues era el único que tenía. Eran mis únicos recuerdos de México. Se me ocurrió pedirle a Aquiles que me mandara algunos libros, *Crónica de una muerte anunciada*, *Rayuela*, *Pedro Páramo*, *Diego de Momparnasse*, *La muerte de Artemio Cruz*, y *Mataraso no llamó*. A mis alumnos les encantaba leer en español y se alucinaban con las historias tan peculiares de Latinoamérica. Los vendí como oro molido, sólo con la venta de esos cinco libros saqué para pagar un mes de renta de un local, a tres cuerdas de Nice Étoile, quería poner una cafetería como la que Aquiles había abierto en México. Vendía libros, había exposiciones de arte y conciertos y daban clases personales de idiomas. La llamé Café Mexique. La gente venía con la promesa de encontrar libros del Boom Latinoamericano y de autores cubanos que eran casi desconocidos. Respecto al café, lo compraba en el súper, venía de Kenia, pero yo decía que era de Veracruz o de Chiapas, la gente jamás notó la diferencia. A los músicos callejeros los invitaba a dar un recital, todos los sábados teníamos música en vivo: rock, blues, clásica, techno, electrónica, gótica y hasta hip-hop.

Me sentía feliz y plena, como jamás lo había estado, libre e independiente, yo misma. Construyendo mi vida, alejada de cualquier posible desdicha, aquí nadie podría romper lo que yo tenía, nadie podía sacarme del mundo y destruir mi felicidad, era absoluto, un sentimiento total de gozo.

Contraté a una chica que venía de Ecuador, al parecer estaba huyendo de una relación problemática con su marido y apenas tenía dieciocho años, me

ayudaba a atender las mesas y cobrar cuando yo daba mis clases, ella a veces traía amigos, no sé de dónde, me parecía un poco increíble que tuviera más amigos que yo, pues ella era ilegal y... en fin, venían y pasaban toda la tarde leyendo y discutiendo sobre la política de su país, de alguna manera yo me sentía afortunada de no pertenecer a nadie ni a nada, de estar fuera del mundo, yo y mi felicidad, contemplando la vida de los demás. Atendía personalmente a todo aquel que pusiera un pie en mi café, me encantaba platicar con la gente, siempre tenían historias que contar, aún más los viejos, eran gente muy interesante y amable.

Una enfermera llegaba todos los días con un anciano en silla de ruedas, tomaban lo mismo: café con cognac y un croissant, cada uno. El viejo revivía después del café, se lo bebía en dos sorbos, era casi mágico ver al viejecito despertar a la vida. Se ponía a conversar y nadie lo paraba. De la guerra, de sus años en la URSS, de la rusa que amó y jamás volvió a ver. Al terminarse el efecto de la bebida, de un momento a otro cerraba los ojos y se quedaba dormido. Entonces la enfermera pagaba la cuenta y se marchaban. Todos los que estuviéramos presentes en el café durante las interminables historias del viejo Laurent, quedábamos absortos, aunque ya conocíamos las historias, siempre debelaba un nuevo detalle. Cuando el viejo cerraba los ojos los presentes quedábamos en silencio, para no molestarlo, y saborear sus dulces palabras, de amor y de guerra.

El Café Mexique, poco a poco se fue haciendo famoso entre los hispanohablantes y los franceses alternativos, hasta venía gente de Barcelona, para las veladas sabatinas y para llevarse cajas enteras de libros. Entre los visitantes extranjeros estaba un chico que llegaba en bola, lo llamaban Xavi, era un tipo bastante feo, flaco con barba y de estatura media, nada interesante. Pero había una cosa en él que me intrigaba y como un imán no me permitía apartar mi pensamiento de él, no sé, su mirada un brillo peculiar en sus ojos, entre maligno, perverso y encantador, me recordaba a El Cuervo, encendía una llama de deseo dentro de mí, un deseo abrazador, el mismo de esos años de preparatoria.

Desde su primera visita al Café Mexique, se quedó a dormir en mi casa, la música de esa noche la llevaba un grupo que hacía covers de Bauhaus y Joy Division, yo estaba llena de la atmósfera alocada, explosiva y con ese sentido de no-futuro, de presente absoluto, que llenó mis años de juventud. Tuve una regresión y así me comporté, como adolescente: carente de criterio. A pesar

de tener lo que deseaba y de estar en dónde quería, mi necesidad de autodestrucción fue más fuerte que yo, creía haberla superado, creía estar viviendo en paz, en mí, ya no más fuera del mundo, pero mi inconsciente o mi preconsciente o mi necesidad de no sé qué o mi neurosis me traicionó y me hizo regresar a mis actitudes de adolescente de querer salirme, aunque me sintiera finalmente a gusto, creo que a eso le llaman goce mórbido, no sé.

Esa noche después de años de abstinencia, bebí y bebí, hasta perderme en los brazos del tal Xavi, una noche espectacular, llena de adrenalina al besar y ser penetrada por un desconocido, por alguien que quizás no volvería a ver jamás. Pero no fue así, el chico regresó cada fin de semana, repetimos la sesión de alcohol y sexo por varios meses, hasta que una cosa llevó a la otra y poco a poco se fue quedando a vivir en mi casa, apropiándose de mí, de mi tiempo, de mi cama, de mi espacio, de mi vida.

Todo lo hacíamos juntos, dormir, trabajar en el Café, llevar y traer paquetes de la oficina de correos, comer, ir al cine, bañarnos, leer el mismo libro, ir a la playa, hasta salíamos a hacer yoga juntos por las mañanas al malecón o cualquier espacio cerca del mar y lejos de todo, yo jamás he sido de hacer ejercicio, pero me gustaba seguirle la corriente en eso, quería estar en forma como él. Me sentía bien, acompañada, compartiendo mi felicidad, compartiendo la vida que yo misma me había forjado, compartir la casa de mi abuela con un chico buena onda, alivianado, y extremadamente sexual. Creía que había encontrado al fin, alguien con quien compartir mi vida.

De cierta forma me sentía invadida, una parte de mí lo registraba muy bien, pero otra parte de mí estaba dispuesta a pagar ese costo, creía que así era el amor, dar, dar y dar, se me olvidó la parte en la que yo tendría que recibir algo a parte de buen sexo, o es que quizás era el sexo lo que para mí suplía el amor, ya no lo sé, me lo pregunto y no encuentro respuesta a el por qué actué siempre de la peor manera, de la forma en la que yo siempre salía perdiendo, dañada, despojada, devaluada.

Claire no estaba muy contenta de que un *punk*, como ella le decía, estuviera en casa con nosotras. No quería ni pensar qué diría la abuela si viera a un tipejo tan horroroso como él ahí, conmigo. Yo me moría de risa y la abrazaba, me parecía muy tierno de su parte decirme eso. Ojalá y la hubiera escuchado con más atención.

Una tarde de domingo cerramos temprano el Café, el verano estaba a punto de terminar y Xavi y yo queríamos pasar el fin de la tarde y el ocaso en la

playa. Nos echamos en las piedras en la ansiada posición horizontal, leíamos y escuchábamos *Ladytron* con una grabadora chiquita. Sentí un impulso y me levanté para meterme al mar, nadé en silencio, me perdí en lo azul, estaba bastante lejos de la orilla, ese mar era demasiado tranquilo, no había peligro. Nadé, me sumergí, toqué el fondo, regresé a la superficie, me sumergí. Así estuve un buen rato. Salí del mar en profunda paz, me senté al lado de Xavi.

—¿Y tu collar?

—¿Qué?

Me toqué el cuello, horrorizada sentí mi piel y no el cuero del collar, corrí al mar, me sumergí para buscarlo, salí, caminé por la playa buscando frenéticamente mi collar.

—¡Mi collar, mi collar!

Grité, chillé, corrí, busqué. Perdí mi collar. Todos los recuerdos de Dos Amates regresaron como un huracán azotando mi cabeza y mi corazón.

—Ya, cálmate. No seas tan materialista. Sólo es un collar.

—No soy materialista, no entiendes nada, no sabes nada, es mi collar, es mi vida, es mi collar, es mi Alejandro.

Hasta yo me quedé sorprendida de mis propias palabras, no tenía idea de mis propios sentimientos, los guardé tan bien que hasta yo me olvidé de ellos. Lloré, lloré como jamás antes. Ni cuando me escribieron esquirola en el coche. Lloré, entendí, comprendí que el amor se había ido con Alejandro, entendí que yo lo dejé, por cobarde, por idiota, por estar en mi eterno presente: absoluta negación de mí misma. Mi estupidez me llevó a no hacer caso de lo que «los abuelitos» me mostraron, no quise ver, era cobarde, era estúpida y egoísta, estaba confundida y lo perdí.

—Es ¿quién perdón?

—Nada. Nadie.

—¿Quién es Alejandro?

—Nadie. No te importa, es cosa del pasado.

—Si me importa. Quiero ser el único, el único en tu vida. Sí me importa.

—Eres el único, eres todo lo que tengo, por si no te has dado cuenta. No tengo a nadie más

Xavi me abrazó, nos quedamos mirando el atardecer, y regresamos a casa. Tuvimos el sexo más bestial y delicioso que jamás había experimentado, me dejó a punto del desmayo.

—Eres mía, para que lo sepas

—Sí, estamos juntos

—Y ese tal Alejandro al menos te follaba así

—Cállate

—Dime, ¿te follaba como yo lo hago?

—Estás loco, y no hables de él... no hables de él. No te atrevas a hablar de él

—Es que todavía lo quieres

—Ya está muerto. Déjalo en paz. Ya está muerto.

Lo decía para él, y para mí misma. Esa fue la primera de las múltiples peleas que tuvimos por Alejandro. Por mi Alejandro. Nuestra relación se enrarecía y la sombra de Alejandro crecía entre nosotros. Yo no sé porque no lo mandé de regreso a su país, si de cualquier manera él era un prángana, vivíamos en mi casa y el dinero salía de mi Café. No sé porque me enredé tanto y no solté la podredumbre en cuanto la vi. Quizás no era tan feliz estando sola, como lo creía, por eso me quedé con Xavi. Intenté estar bien, quise estar bien, a tal grado que me embaracé, decidí embarazarme para traer algo de armonía, algo de felicidad.



## 8

Era imposible sostener la felicidad con un tipo nefasto y celoso, que pretendía ser *cool* y era un vil macho traicionero. Pero eso yo no lo quería ver, no me daba la gana verlo, preferí alimentar la fantasía de que un hijo llenaría el hueco de mi corazón, me daría la felicidad faltante, la que, de cualquier manera, nunca había tenido.

Supe de mi embarazo no por una prueba o por un médico. Lo supe, simplemente. Mi cuerpo me lo dijo. Una tarde estaba regando las plantas del jardín y tuve un mareo tal, que tuve que sostenerme del barandal. Así lo supe. Me hice una prueba para estar segura, y ¡voilà! una cría estaba en camino. Estuvimos felices, contándole a todo el mundo en el Café, a su familia en Barcelona y a la mía en México. Creí que iba a funcionar. Una semana más tarde fui al médico, me hizo ultrasonido y detectó algo que en ese momento no quiso decirme, sólo dijo:

—Sí, está usted embarazada. Tiene dos meses. Hay que hacer unas pruebas, no tarde en esto, es muy necesario.

Tenía un tumor en el ovario derecho, en ese momento era pequeño, de dos centímetros. A la siguiente semana me mandaron con otro médico, a oncología. Ese doctor me propuso, hacer la extirpación del tumor y continuar con el embarazo. Pensé que sería lo mejor, pero empecé a tener mucho miedo, estaba aterrada de lo que pasaría, ¿podríamos sobrevivir? ¿Oncología?, ¿sería esto más grave y no me habían dado toda la información?, ¿si tenía cáncer cómo podría continuar el embarazo? Dos semanas después regresé con todos los estudios al primer médico, me hizo un último ultrasonido, estaba asombrado. El tumor ahora medía diez centímetros, era urgente operar y decidir qué hacer. En el ultrasonido el latido del feto era muy lento, más lento de lo normal, estaba debilitándose. El doctor fue muy claro. Tenía que decidir en ese momento si quería continuar con el embarazo que probablemente no llegaría a

su fin, o extirpar todo, y el siguiente año volverlo a intentar.

Cuando regresé a casa esa tarde Xavi no estaba. Nunca me acompañó a ninguna cita del médico porque se quedaba en la cafetería a trabajar, en ese momento me parecía bien, normal, que quisiera trabajar. Me quedé dormida en el sillón exhausta hasta la mañana siguiente. Me preparé un té, le escribí a mis padres en México, les expliqué todo lo que estaba pasando, creí que era nuestra oportunidad de reconciliarnos de una vez por todas, creí que estando yo en una situación tan dura ellos vendrían, me apoyarían y empezaríamos una nueva forma de relacionarnos.

Xavi no regresó, nunca volví a saber nada de él. Huyó como las ratas lo hacen de los barcos a punto de hundirse. Se escabulló como cucaracha en el fondo de la tierra.

¿Querías hacer las paces con tus padres o los querías ahí porque estabas desvalida y te diste cuenta de que no tenías a nadie más? Después de renegar tanto de ellos y odiarlos y escupirles en la cara, después de largarte y no volver a hablarles, ¿qué esperabas que hicieran? Sintieron tu desprecio, no era necesario decirlo, y en cuanto te encontrase débil corraste hacia ellos, la misma egoísta de siempre. Por eso Yolanda, por eso te topaste con un tipo repugnante y pusilánime como el tal Xavier, un tipo asquerosamente egoísta, peor que tú, así que no llores ni te hagas la víctima, tú te lo buscaste. Sin darte cuenta te lo buscaste, es que no te dabas cuenta de nada, estabas en otro planeta con la cabeza en la luna metida en tus fantasías. La realidad te sorprende cada vez con su crueldad y no es porque la vida sea malvada contigo, es porque no piensas a futuro, no planificas, aunque creas que ya lo superaste, sigues viviendo en tu pendejada del eterno presente, un presente que te saca de la vida y te mete quién sabe en dónde, en las fantasías, y luego cuando abres los ojos la realidad es horrible, es insoportable. Despierta Yolanda, despierta.

Llamé al doctor y sin pensarlo tomé la peor decisión que he tomado en toda mi vida. La más cruel y la más difícil. Agarré mi computadora, y mandé correo a cada persona que conocía, explicando mi situación de ese momento, a los amigos del café, a mi empleada ecuatoriana, a los amigos que habíamos hecho Xavi y yo, hasta a la enfermera del viejo Laurent. ¿Por qué? ¿para qué?, aún no lo sé, quizás tenía la esperanza de recibir algo de consuelo, de compañía express. Fue la primera vez que desee estar con mis padres, tenerlos cerca. Quise escribirle a Wolfan, pero no podía no tenía manera de hacerlo, sólo

recibía de vez en cuando alguna postal de él desde Múnich o Chile, pero nada más.

Entré a quirófano a las once de la mañana, tuve una visión espeluznante, vi a Alejandro, parado en la puerta. Escuché mi nombre de su boca. Sentí lo inefable y él desapareció. La anestesia empezaba a hacer su efecto. Tenía terror de no despertar jamás. Horas después desperté temblando, no tenía frío, me dolían los talones el dolor me despertó, no podía contener el temblor. Sentada junto a la cama estaba Claire. Fue la única que estuvo conmigo por los siguientes tres meses de recuperación. El tumor había crecido demasiado cuando me hicieron la escisión ya tenía un tamaño de doce centímetros. La rajada que quedó en mi vientre medía lo mismo.

Dos semanas después en casa, pude checar mi correo, mis padres contestaron:

*Yola*

*Ya tomaste tu decisión, como siempre has decidido en tu vida, te mandamos dinero con Claire para que no te falte nada.*

*Besos.*

*MAMÁ*

Aquiles contestó:

*Yola,*

*Esto que me dices es muy fuerte, apóyate en tu familia, para eso están ahí.*

Nadie más contestó.

## 9

Recorridos infructuosos  
pesadillas a raudales  
qué más da, seguir o recogerse  
cómo seguir en lo eterno  
del universo inexistente  
tendría que continuar sin objeciones  
sin percatarme de mí misma  
y fluir con el impulso  
lo perdí  
mis fuerzas están adormecidas  
con un ojo veo despojos de lo que soy  
sólo tengo un ojo  
un hígado  
un corazón y una vida  
sólo soy una  
no hay complementos  
nadie vendrá a acariciarme la cara  
a decirme te amo  
con sincero remordimiento  
por haber dejado pasar tanto tiempo  
somos unidades separadas del resto  
sin arrepentimientos ni pretextos  
no tenía que haber estado aquí  
pero sucedió  
como un afortunado accidente  
de la creación divinamente caótica  
de las maravillas del azar

que nos hacen cruzarnos  
pero jamás nos miramos  
¿y qué si un ángel cae  
o un niño muere?  
mi alma está desde el instante uno, devastada  
qué más da la fruta podrida  
si cuando creí haber llegado  
otro abismo se dibujó en el horizonte  
y de qué sirve haber llegado  
si nunca hay descanso  
ni tregua  
ni trofeo  
si cuando subo el último peldaño  
otros diez mil se materializan  
y regreso al punto de fatiga crónica  
y hartazgo.

\*\*\*

Días, noches  
sombrias de alegría  
alegrías impalpables  
del futuro venidero  
que no llega y yo espero.

Paciencia en flores serpentinas  
flores  
alimento de la vida  
larvas de mariposa se nutren del tronco tallado  
de actos fallidos  
incesantes  
corruptos  
debeladores de una vida  
plena existencia furtiva.

RE-PE-TI-CIÓN

Soy esto y lo anterior  
lo dicho  
los pasos robados.

El vientre negro henchido de cuervos  
metáforas insolutas corroen las palabras  
cual fétido aliento en semblante prístino sombrío.

## 10

Una metáfora que de una manera explique todos mis sentidos, sentimientos ufanos, evaporándose en la hiedra con el amanecer, la aurora resuena en un canto emancipado de lujuria, quiero decirme, quiero tenerte y lo que sale de mi boca es «vete», no quiero lamentos, susurros, sollozos, lagrimas, vacíos, ritmos inhumanos que dicen sin decir, que no hablan, solo hay un zumbido al que me aferro, todo se va, todo se evapora en el silencio, el zumbido permanece ese siempre me acompaña, nunca me suelta, soy suya es mío nos pertenecemos, es lo único que quedará de mi cuando mi cuerpo se haya desintegrado en la tierra, alimento de gusanos, inmundicia, en eso me convertiré, y para terminar así tanto ego herido, tanto narciso insurrecto, tanta neurosis sustentada, tanto ser yo abolida, para terminar así... en la tierra, ella me abrazará o seré polvo, seré un cuerpo ignoto en la morgue atestada de extranjeros, seré una más una menos, otra alma perdida en el desierto, vagando indefinidamente sobre la arena caliente, no sentiré mis pies, no tengo pies, no tengo brazos, no tengo alas, solo queda de mí, un zumbido.

Una metáfora que de alguna manera de fe de mi existencia en la tierra, que de alguna manera le escupa a la cara a alguien, y entonces esa persona diga:

Sí, Yolanda existió, no fue un sueño fatuo ni una alucinación, estuvo aquí y vacío mis días de su presencia infame, era pútrida como el viento de peste, pero así ella era lo único que yo tenía, así de egoísta no dejó en mis ayeres ni futuro ni esperanza, rompió la sincopa, distinta a todas era, terriblemente hermosa, horriblemente encantadora, así era ella me embelesaba y así la amé.

Una metáfora que hable de mí sin que los extremos se toquen, sin que los paralelos se irruman, sin que la luz se apague al cerrar los ojos.

Una metáfora que hable bien de mí, que diga ella siempre quiso amar, pero estaba incapacitada, era como una retrasada mental del amor. Y luego Lennon con sus canciones, lo dice tan sencillo el hijo de puta, ya que él encontró su elixir nos dice que lo necesitamos como si nadie lo supiera, si el problema jamás fue el qué, sino el cómo, el maldito cómo siempre fue el problema. Y los veo sentados tan juntitos jugando (¿sabrán que juegan o se lo toman en serio?) a las promesas, al siempre jamás, al siempre nunca todo, al todo o nada, y con nada se quedan unos cuando lo logran, no sé cómo, (el cómo) y otros se quedan con todo.

## 11

El Café Mexique cerró sus puertas. No quería que nadie más se apropiara de mi espacio, no quería ningún intruso en mi vida. No podía estar sola, era humillante y desastroso, necesitaba a Claire para todo, para levantarme de la cama, para bañarme, para alimentarme. Ella me cuidó mucho, como una madre, pasaba todo el tiempo conmigo, en tres meses pude salir de la cama, en seis meses ya estaba de pie haciendo mi vida normal, aunque de repente me daban dolores en la herida y tenía que seguir usando una faja. La herida no dejó de dolerme hasta dos años después, no sé si por que en verdad tomó tanto tiempo cicatrizar o era la somatización que yo misma hacía del dolor que

había quedado en mi alma al tener que perder a mi cría.

Convertí la casa de mi abuela en una casa de huéspedes con la ayuda de Claire. Gente de todas partes del mundo entraba y salía. Algunos compraban los libros que habían quedado cuando cerró el Café, después Claire se ocupó y organizó una pequeña biblioteca. Yo prefería no hablar con los huéspedes. Me mudé al ático, en el que alguna vez vivió mi bisabuela, no salía a menos que fuera absolutamente necesario, vendí mi computadora y no tenía celular, sólo recibía las postales de Wolfan, no tenía a qué salir, ni a quién ver. Esos meses lo único que deseaba era que Alejandro se apareciera y me llevara al otro mundo con él, para siempre.

La misma Yolanda, siempre esperando a que te salven, no puedes con la magnitud de tus errores y exiges al misterio por salvación, antes pedías amor ahora pides la muerte.

Un día salí al jardín, se había caído de mi ventana una cobija y bajé por ella, en la casa me encontré que estaba hospedado el joven que conocí en el partido en Múnich, Ulrich. Me contó que había estado viviendo en la casa por tres semanas, que estaba encantado con el lugar, que las fotos le daban un toque fabuloso. Subimos a mi cuarto y le mostré el álbum con las fotos de mis padres biológicos, Geneviève y Wolfan.

—Una extraña combinación destinada al fracaso. Por las tensiones políticas y por las diferentes mentalidades.

—Sí. Y, aun así, se amaron.

—Si... mira Yolanda yo he venido aquí a hablar contigo. Desde que fuiste a Múnich hace dos años, te hemos estado cuidando, sabemos lo que pasó con aquella rata barcelonesa y lo arreglamos.

—¿Cómo? ¿Qué hicieron?

—No te apures, ya está enterrado ese asunto.

—No. Quiero saber qué pasó, ¿qué hicieron?

—Nada grave, sólo lo justo. Tuvo un accidente y está parapléjico. Como te digo, ya no es asunto tuyo.

Sentí, cosas muy extrañas, me alegré de que la rata barcelonesa no pudiera moverse más, no más carreras en el malecón ni clasecitas de yoga para él. Sentí orgullo de que mi padre, Wolfan, a pesar de su lejanía estuviera al tanto de mí, de mi vida, que adivinara mis sentimientos y cobrara venganza. La venganza que mi corazón gritaba cada noche hasta hacerme despertar en llanto.

—¿Y mi padre? ¿va a venir? ¿en dónde está? ¿por qué tanto misterio con



eso?

—Ha sido sólo para protegerte, aún que no lo creas todavía tiene enemigos políticos muy agresivos. En sus tiempos de juventud hizo muchos desmanes. Muchas cabezas cayeron por La Causa, y él fue el autor intelectual.

—Como con la rata

—Exacto. Ahora las cosas están un poco más tranquilas, la nueva ministra apuesta mucho a la paz y al diálogo, las cosas se están tranquilizando. Por eso estoy aquí.

—¿Él va a venir, yo puedo ir a verlo, te vas a quedar?

—Nada de eso, no todavía, quizás el siguiente año. Sólo quería decirte en persona que todo está bien, no tienes de qué preocuparte. El siguiente año ya veremos. Sigue con tu vida, la casa es bellísima, y la gente que se hospeda está muy feliz aquí, la señora Claire es encantadora. Sigue con tu vida Yolanda.

Al decir esas últimas palabras me tomó de la mano y la acarició, con ternura o pena, no sé. Me sentí incómoda, no quería la lástima de nadie. Quitó la mano y seguimos conversando un rato. Luego él salió.

Cada semana recibía una carta suya con algún mensaje de mi padre. Sin darme cuenta al paso del tiempo, empecé a esperar sus cartas con ansia y a contestarlas, era muy curioso tener ese comportamiento, cuando era más fácil escribir un correo electrónico y listo o una simple llamada. Las cartas me encantaban, era un guiño al pasado, descifrar su letra, oler el perfume de su colonia. Yo le mandaba flores pegadas en el papel, él me respondía con dibujos pequeños hechos en acuarela.

Empecé a salir poco a poco, por las mañanas a caminar por el malecón, después me quedaba algunas veces para nadar cuando el clima era propicio, a veces me iba al mercado de pulgas a comprar chacharas, ahí un día me encontré a la enfermera del viejo Laurent, Sandrinne, ella feliz de verme, yo no tanto.

—Yola, qué gusto verte, tiene mucho que no nos vemos como un año, cerraste el café.

—Así es.

—No estés molesta conmigo, cuando te operaron ese mismo día el señor Laurent falleció. Murió en paz, estaba tranquilo. Me pidió que te diera su biblioteca, pero ya nunca te volví a ver.

—Ah, disculpa. No tenía idea.

—¿Te fuiste de la ciudad?

—No. Sigo en mi casa junto al Castillo Griego.

—¿Tú vives ahí? No tenía idea, ¿sabías que el viejo Laurent fue dueño de esa casa por muchos años? Se casó con una rusa que al divorciarse de él lo dejó casi en la calle, vivía de su pensión yo soy voluntaria, no creas que me pagaba.

—¿Cómo me dices eso ahora? ¿no es verdad? ¡estás diciendo que el viejo Laurent era mi abuelo? ¿cuántos años tenía?

—No lo sé, como doscientos. En verdad no sé, era muy viejo y no tenía a nadie más que a sus recuerdos. ¿Dices que él era tu abuelo?

—Bisabuelo.

—Antes de que cerrara el café dejaste de ir unos días, él se puso muy triste, preguntaba mucho por ti.

La abracé muy fuerte. No podía creer sus palabras, ni que la conversación que estábamos sosteniendo fuera real. Estaba a punto del colapso. Mi pobre abuelo murió solo y yo estaba en la misma ciudad, sola en una cama de hospital.

Cenamos juntas en casa con Claire, Sandrinne llevó una caja con fotos y recuerdos del abuelo, sacamos el baúl y comparamos las fotos leímos las cartas, bebimos y celebramos, que, aunque ya estuvieran todos muertos sus historias seguían vivas, en mí. En la casa de mi abuela.

Días después llevamos la biblioteca de mi bisabuelo a la casa, llenaba todo el espacio de la sala y el cuarto de estar, libros en ruso, alemán, francés y hasta español; Víctor Hugo, Cervantes, León Portilla, Tolstoi, Goethe, Chejov, Kafka, entre otros.

Mi pobre abuelo, al menos tuve el placer de conocerlo, de escuchar sus historias. La rusa a la que amó era mi abuela Elena, una fierecilla. Mis abuelos. Que nostalgia no tenerlos ahí conmigo. El descubrimiento de mí, de mi familia, no cesaba, seguía tejiendo un entramado al parecer infinito de las historias de mis ancestros, mi gente, mi sangre, y de ellos no quedaba nada más que sus cosas, puros *souvenirs* de la vida misma. Sólo para eso vale la pena acumular cosas para el futuro, los hijos y los nietos, los que nos han de recordar algún día, los que han de saber de ellos mismos a través de nosotros, el futuro inefable de nuestras vidas, la única manera de hacernos eternos, de permanecer en el mundo. Sí, la vida carece de sentido sin ese futuro: hijos y nietos, la vida se queda totalmente hueca se vuelve un cántaro que no

recolecta, que derrama el agua de lluvia, vivir la vida sin futuro es como dejar la llave del agua abierta sin que nadie beba de ella, sólo dejándola correr, desperdigándose por la calle, produciendo charcos y lodo.

Se corrió la voz entre los antiguos asistentes del Café Mexique y empezaron a ir a la casa de huéspedes a visitar la biblioteca, tomaban un libro pedían algo de beber a Claire, se iban al jardín o se quedaban en la sala. La casa de mi abuela, mi casa, llena de gente y movimiento, huéspedes por todos lados. Que la casa estuviera tan habitada, tan concurrida, me daba un poco de consuelo me sentí útil, pensaba que tenía sentido tener todas esas cosas, los libros, la ropa, las fotos, la casa, valía de algo porque otras personas también disfrutaban de eso, no sólo yo. Ahí entendí una cosa que siempre había estado fuera de mi alcance, fuera de mi razón: la felicidad es compartir.

Había otras personas que disfrutaban de nuestras cosas de nuestra historia, había gente que hacía parada exclusivamente para visitar la casa, aunque estuviera fuera del circuito turístico, me gustaba hablarles, contarles nuestra historia familiar, decirle a todo el mundo que esas personas de las fotos eran mi familia, a veces inventaba historias, otras sólo les decía lo que era, lo que más le gustaba escuchar a la gente era sobre mi abuela Elena, era un caso insólito siendo tan joven, viajando sola en esa época, qué valiente.

## 12

Llegó el día en el que pude ir a Múnich a conocer a mi padre biológico. Ulrich se tomó la molestia de venir a Niza por mí y llevarme hasta a allá, nos fuimos en avión. Yo estaba muy nerviosa, las manos me sudaban y las mejillas las tenía rojas, casi no hablé durante el trayecto. Llegamos al aeropuerto, ahí estaba él, esperándome con un globo rojo de helio. Ulrich lo señaló.

—Ahí está tu padre.

Corrí hacia él, lo abracé tan fuerte como pude. Lloramos.

—Eres igualita a tu madre.

—Papá.

Caminamos juntos al coche, lo tomé del brazo, no quería despegarme de él, nunca más. En el auto no paramos de hablar, él tenía un acento marcadísimo pero su español era perfecto. Fue muy curioso, desde ese día siempre hemos hablado en español, a él le costaba trabajo hablarme en francés, supongo que le dolía, porque con eso recordaba a mi madre.

Había mucha familiaridad, él sabía todo de mí, sus cuidadores los mantenían al tanto de todo, hasta de mi encuentro con Sandrinne. Me gustaba que supiera las cosas, que no tuviera que explicarle quién era yo, porque ni yo misma lo sabía. En cambio, él, era un mundo por descubrir para mí, un terreno virgen y desconocido del cual quería saber hasta el más mínimo detalle y secreto.

Llegamos a un barrio de edificios, interminables edificios, empecé a reconocer las calles, no supe cómo, pero yo ya había estado ahí, eran las calles de mis sueños las que me llamaban, siempre fue eso, siempre aquí, era mi padre, su ciudad, sus recuerdos heredados en el inconsciente, siempre estuvimos unidos, sin saberlo, jamás nos alejamos, como una ráfaga se presentaron todos los recuerdos de las calles en las que en mis sueños visitaba a gente que me amaba, y como una ráfaga desaparecieron, y por fin pude ver,

los recuerdos de mi padre en mí.

Entramos a un edificio de arquitectura brutalista un poco descuidado, subimos al quinto piso por el elevador, me enseñaron mi habitación y me indicaron que esperara ahí hasta el día siguiente. Se fueron. Me quedé sola en un departamento del que no tenía llave en una ciudad desconocida. Husmé en la cocina, había galletas, queso, chocolates y té negro, supuse que volverían pronto, no podría sobrevivir mucho tiempo comiendo sólo eso. Tampoco había teléfono, no podía comunicarme con Claire o Sandrinne.

Ulrich regresó sin mi padre al tercer día, yo estaba encabronadísima, no podía creer que eso estuviera pasando, me trataban como a una desconocida o peor, como a una prisionera.

—Lo lamento mucho Yolanda, la vida de tu padre es muy complicada, por eso le costó tanto que vinieras.

—Si no quería que viniera me lo pudo haber dicho.

—Las cosas no son así.

—¿Y cómo son? Esperé tanto este momento y me deja aquí!

—Es mejor que te calmes. Si no, no puedo hablarte.

—Está bien, dime.

—Tu padre está en una situación muy delicada, te dije que de joven fue muy radical. Pues las consecuencias no han terminado.

—Pero no me dices nada en concreto, sólo que era un revoltoso y ya.

—Es más grave. Tienes que mantener la boca cerrada, no puedes ir diciendo por la calle su nombre y mucho menos que es tu padre.

—Ok, dime. ¿Qué pasa? ¿qué pasó?

—Él estuvo con la ETA, el EPR y las FARC¿. Entiendes ya?

—Pero eso fue hace mucho, la ETA ya ni existe.

—La ETA sí... bueno, eso no importa, aquí en este país las cosas se ven de diferente manera. Él tiene que ser muy cuidadoso, es lo único que te debe de quedar claro.

—Y ¿qué hago yo aquí? ¿él va a regresar?

—No. Tienes que irte a casa.

Ulrich me acompañó hasta Niza, yo estaba decepcionada, asustada y orgullosa. Mi padre, un alborotador de los buenos, no un mediocre que se queda en el discurso. ¡Wow, ese era mi papá!

Si ¡wow!, tu padre Yolanda, un criminal y un terrorista, sólo alguien así pudo haber cobrado la venganza de la rata barcelonesa que querías, ¿es que no

lo ves? Es un asesino, ¿no temes por ti, por tu futuro? Pero qué digo, futuro tú, tú no sabes lo que es eso, sigues con la cabeza atascada en tu mundo imaginario en la posibilidad de tener lo que nunca tuviste y siempre destruyendo lo que ya tienes.

Le pedí a Ulrich que se quedara unos días en la casa, había unos estudiantes en la sala y otros en el jardín, uno leía un libro de Lenin, *Sobre el Estado*, cuando Ulrich se percató del título, empezó a echarse un discurso. Cuando terminó todos aplaudieron, ¡fue fantástico!

—¿Cuándo aprendiste a hablar francés?

—Empecé a estudiar desde la primera vez que te vi en Múnich.

Cenamos juntos en la cocina, apartados del bullicio. Bebimos un poco de vino. Él me confesó que era el más grande admirador de Wolfan, y que estaba muy contento de conocerme, no sólo de saber que existía, sino de conocer mis sentimientos y mi vida. Se quedó en la casa un par de semanas, por las noches platicábamos hasta que nos quedábamos dormidos, abrazados. Una de esas noches concebimos. Él era tan dulce, suave y cauteloso, un amante lleno de... amor. Algo que en mi historial de amantes desenfrenados nunca había visto, me fascinó su ternura, su dedicación hacia mí, el respeto que me tenía. Entendí que nunca me había acostado con alguien que me respetara, me dio vergüenza de mí misma, mi autodestrucción estaba en todos los ámbitos de mi vida y cuando creí que estaba libre de eso llegó la rata barcelonesa a mi vida y siguió deshaciéndome hasta que quedaron añicos de mí, polvo y cenizas. Sólo eso. Y Ulrich era diferente, al menos la admiración que tenía por mi padre se desdoblaba en respeto para mí, y ternura.

## 13

Ulrich regresó a Alemania y seguimos con nuestras vidas, la casa llena de flores y gente, con olor a café. Él en Múnich trabajando en el partido. Seguimos con nuestra comunicación por medio de cartas, en una le rogué que tuviéramos una video conferencia, tenía algo que decirle y sólo podía ser cara a cara.

—¡Estoy embarazada!

Se cayó de la silla, se puso rojo de alegría, daba saltos. Claire me abrazaba de los hombros y acariciaba mi cabello. Acordamos en que cada uno tenía sus prioridades y no podíamos dejarlas, él seguiría en Múnich y yo en Niza, nos veríamos seguido, siempre que él pudiera venir a vernos. Yo estaba delicada, no podría viajar, de hecho, no podía ni subir escaleras. Cambiamos el orden de la casa, mi cuarto lo pusimos en la sala y la biblioteca en el ático, a la gente le encantó, era su rincón de lectura. Con todos los cambios también tuvimos que cerrar la casa de huéspedes, sólo quedó el Café, que ya no tenía nombre pero que la gente llamaba *La casa de las camelias*, y la biblioteca.

El embarazo fue una experiencia alucinante, mis sentidos se agudizaron, mi olfato era exquisito, los antojos que me daban eran tan de súbito y apremiantes. Recuerdo una vez que estaba paseando con Ulrich por la Vieille Ville, llegó a mí un olor que al mismo tiempo era un sabor, necesitaba inmediatamente beber agua de sandía, el pobre yendo y viniendo a los cafés, restaurantes y heladerías, nadie tenía de eso, pero yo lo necesitaba era una demanda absoluta de mi cuerpo y de mi hija. De casualidad se detuvo a preguntar en una tienda de productos ecuatorianos, ahí vendían una pulpa para hacer aguas frutales, de inmediato nos fuimos a casa a saciar la sed de nuestra hija.

Nunca más estaría sola, siempre mi cría junto a mí, llenando el hueco que mi abuela dejó, dándome una oportunidad en el amor, sanando mi corazón,

alimentándose de mí, viviendo en mis entrañas, sintiendo mi corazón latir, compartiendo la sangre, el aire, la vida.

Ver mi cuerpo transformarse tan rápidamente no fue muy agradable, pero valía la pena, la persona más importante de mi vida estaba en camino, tendría desde ese momento y hasta mi muerte, no sólo alguien con quien compartir mi vida, sino alguien a quién darle todo de mí, todo lo que siempre quise tener se lo podría dar a mi hija. Era mi oportunidad de ser la madre que siempre quise tener.





«Cantaban las Musas que habitan las mansiones olímpicas,  
las nueve hijas nacidas del poderoso Zeus.  
Calíope es la más importante de todas,  
pues ella asiste a los venerables reyes».

HESÍODO, *Teogonía*, 1-103